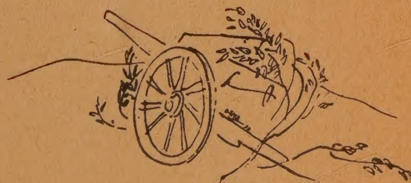
HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

XXI

SUMARIO:

TRABAJOS DE *ANTONIO MACHADO, JOSÉ M.ª QUIROGA PLA, JOSÉ BERGAMÍN, MANUEL ALTOLAGUIRRE, MARÍA ZAMBRANO, A. SERRANO PLAJA, V. SALAS VIU, ANTONIO APARICIO, JOSÉ M.ª CAPDEVILA, A. RODRÍGUEZ ALDAVE.* SUEÑOS DE GRANDEZA, POR *ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO*

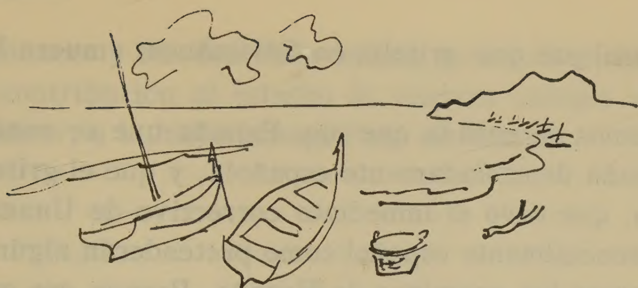


Viñetas de Ramón Gaya.—Barcelona, Septiembre, 1938

ENSAYOS POESÍA CRÍTICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR



MAIRENA PÓSTUMO

1

Con las postrimerías de una España — hubiera dicho Juan de Mairena — y el posible resurgir de otra, aparece en Francia una obra titulada *Erasme et L'Espagne*, cuyo autor es Marcel Bataillon. Tiene el libro una importancia capitalísima para el estudio de la cultura española del siglo XVI. El hecho de que la crítica española no haya todavía reparado en él, se explica por la casi inexistencia de una crítica española, y se disculparía, si esta crítica existiera, por las circunstancias de nuestra vida actual, sobradamente angustiosas, y por lo reciente de la publicación (1937). De todos modos, yo quiero hacer constar que, cualquiera que sea la filiación política — si alguna tiene — de Marcel Bataillon y que yo me complazco en ignorar, Marcel Bataillon es un egregio amigo de España, y de la España nuestra, que no es precisamente la que se ha vendido al ex-

tranjero, al par que gritaba en Salamanca: ¡muera la inteligencia!

Digamos de pasada que una España que se vende no es una España demasiadamente española, y que el grito de Salamanca, que tuvo el inmediato correctivo de Unamuno, no es tan esencialmente español como pretenderán algún día hacernos creer los enemigos de España. Porque ese grito que no carece — confesémoslo — de precedentes españoles (recordemos la Universidad de Cervera) cuando fué proferido en la Salamanca franquista, era en gran parte de importación extranjera, y más lanzado para halagar los oidos teutónicos que para el regalo de los nuestros.

Consoladora es para nosotros la lectura del libro *Erasme et L'Espagne* de Marcel Bataillon, donde se dicen tantas cosas exactas y profundas sobre la prerreforma, reforma y contrarreforma religiosa en España y se pone de relieve la enorme huella de Erasmo de Rotterdam a través de nuestro gran siglo. En la honda crisis que agita las entrañas del cristianismo en aquella centuria no fué decisiva la influencia de Erasmo, sino la de Lutero, en Europa y la de Loyola, en España, mas fué en España donde tuvo de su parte a los mejores, sin excluir a Cisneros ni a Cervantes.

En el libro de Marcel Bataillon se excluye de intento un estudio profundo de nuestros místicos, y ni siquiera se cita a Miguel de Molinos. Se explica esta laguna por la misma probidad del autor, que no gusta de extenderse demasiado más allá del tema esencial de su obra. Por fortuna, no nos faltan lecturas que nos ayuden a llenarla (Unamuno, Baruzi — su gran obra sobre Juan de la Cruz — Américo de Castro, etc.) Encontramos, en cambio, páginas definitivas sobre

Arias Montano y los dos Fray-luises, y es todo el libro una ingente contribución al estudio de nuestra cultura o, como dice su autor, a la historia espiritual de España.

II

Es la tercera Fiesta de la Raza que celebramos en plena guerra, la tercera vez que el destino nos pone en el trance oficial de hablar de nuestra raza en plena guerra. En verdad que no puede haber tema que sea más nuestro y, por ende, más de todos los días. Pero en el de hoy ha de tener una significación obligadamente más aguda. Sin embargo...

¡Fiesta de la Raza! Nuestros enemigos la celebrarán también el mismo día. La Retórica, o arte de conmover, deleitar y aún de persuadir con palabras, ha de emplearse, de un lado y otro del Atlántico, con idéntico fin — la exaltación de lo hispánico — por hombres que se sienten entre si radicalmente distintos. Esto quiere decir que las palabras deben, en este día cruzarse cargadas de significaciones diferentes, de razones opuestas. Mas, pór desdicha, todos los hombres — como decía Molière — son semejantes por las palabras y, además, en tiempos de guerra las palabras se endurecen para convertirse en armas arrojadizas, en proyectiles del mismo metal.

¡Retórica guerrera! No la empleemos demasiado. Porque lo grande de la guerra, no es la Retórica guerrera, sino lo que nuestro ejército, los héroes fieles a nuestra República y a nuestra patria están haciendo allí donde se encuentran:

combatir sin tregua contra la injusticia, contra la iniquidad, sin reparar ni en el número ni en la fuerza de sus enemigos. Limitémonos a recoger algún proyectil, de los que seguramente caerán en este día a nuestros pies, arrojado por la retórica de nuestros adversarios y sometámoslo a un examen ligero. Por ejemplo: *ellos representan a la España del Cid*. ¿Cómo puede faltar este nombre en un día de loor a la hispanidad? Yo me atrevo a ponerlo en duda, por razones expuestas hace más de dos años y sobre las cuales no quisiera insistir. Solo he de recordar éstas: El Cid, quiere decir el Señor — Rodrigo lo fué de si mismo en alto grado — y ellos tienen más de señoritos que de señores, justifican con su conducta un diminutivo que, en labios castellanos, tuvo casi siempre una significación despectiva. De suerte que el mote de su abuelo les viene un poco ancho. Y, dejando a un lado etimologías que pueden discutirse, recordemos que esos nietos de Campeador, se parecen demasiado a los yernos del mismo, los infantes de Carrión, nos evocan demasiado la fechoría del Robledo de Corpes, para que nos obliguen a pensar en las virtudes y en el valor de su ilustre abuelo. Recordemos que si la jura en Santa Gadea fué cosa del Cid — y en esto parece que la historia confirma plenamente la leyenda — el hecho nos presenta a Rodrigo, en primer lugar, como un campeón de la ética universal, y, en segundo, como un modelo de lealtad a su patria, al pueblo burgalés, cuyo mandato supo cumplir a costa del destierro. Ellos en cambio, aparecen como los perjuros por excelencia y los desleales por antonomasia. No *se destierran*, como el buen Rodrigo, a fuer de leales a la hombría de bien, pretenden desterrar a la lealtad misma.

Mas ¿porqué invocar una aristocracia tan modesta, que no puede pasar del siglo onceno? ¿Porqué, mucho menos, recordar la más reciente todavía del *castellano leal,* el conde de Benavente que incendió su palacio por haber albergado al condestable de Borbón? El conde de Benavente dió, en efecto, una lección de españolismo a Carlos de Gante y a los flamencos que lo acompañaban, poniendo la lealtad a la patria por encima del interés y del éxito. Porque el condestable de Borbón no había traicionado a España, sino a su propio rey y en favor de España. Acaso el buen conde se adelantaba a Calderón, pensando que

el traidor no es menester
siendo la traición pasada.

Aunque me inclino a creer que su gesto estaba muy por encima de la ética de esos versos calderonianos. Despreciaba al condestable por traidor, sencillamente. Ellos, en cambio, no han quemado todavía muchos palacios por motivos tan fútiles: los han dejado arder, los han expuesto al fuego de las bombas teutonas e italianas, para no ser infieles a los invasores de su patria. La única fidelidad de que pueden jactarse es la que tuvo el conde don Julián a sus propios rencores. Y es esta aristocracia, tan antigua, lo que pueden invocar en justicia, y lo que suelen ellos callar, sin duda, por modestia. También nos dirán que la conquista de América fué cosa de ellos y que, sin sus abuelos — (Cortés, Pizarro, Almagro, etc.) no se hablaría en América la lengua de Cervantes. Reconozcamos que, si esto es cierto, las virtudes de la familia han decaído tanto que son precisamente los nietos

de aquellos ilustres capitanes quienes mejor trabajan porque la lengua de Cervantes desaparezca de todo el Nuevo Mundo. Por fortuna, la lengua de Cervantes (y la de Oviedo y Gomara y Bernal Díaz) la está defendiendo con su propia sangre un hombrecito que apenas se llama Pedro, y que no invoca ninguna de las virtudes tradicionales de su raza; se limita —sencillamente— a tenerlas.

Asi hablaría Juan de Mairena en nuestros días, sin más objeto que el de iniciar a sus alumnos en lo que él llamaba *retórica peleona* o arte de descalabrar al prójimo con palabras.

III

Alguién había censurado a Juan de Mairena su enemiga contra los entusiastas del cinematógrafo, de ese magnífico *instrumento de difusión cultural*. Mairena respondía, dejando a un lado sus razones quietistas, de índole metafísica, que no eran del caso: «Precisamente porque nunca ignoré ese carácter esencialísimo del cinematógrafo, he combatido siempre, por desorientados y desorientadores, a quienes pretenden asignarle un valor estético, de arte grande que no puede tener, con detrimento de su insuperable valor pedagógico. No dude usted, amigo Tortolez, que en los tiempos de Gutemberg, yo hubiera protestado contra los entusiastas de la imprenta, si estos hubieran sostenido que la misión de la letra de molde no era precisamente la de llevar el libro a todas partes, sino la de mejorar la calidad de los poemas, de las tragedias y de las novelas al imprimirlas, o que la im-

prenta había de crear una epopeya tipográfica para hacernos olvidar la Iliada, de Homero o la Comedia, del Dante. En verdad, no tenemos noticias de que los incunables que hoy veneramos tuvieran entusiastas de esta laya, cuando eran novedades flamantes. Tuvieron, en cambio, algunos enemigos entre quienes pensaban que la difusión de la cultura podría ser en perjuicio de la cultura misma. Hombres equivocados, sin duda, pero no totalmente exentos de sentido común.

IV

No falta quien piense que el miedo a las terribles consecuencias de la guerra puede evitar la guerra. Esto es pedir al miedo lo que el miedo no puede dar, como el olmo no puede dar peras. Es, por el contrario, el miedo el más importante resorte polémico. Por eso se le aguzan los dientes o se le arma hasta los dientes.

*

Reparad en que las fieras sólo pelean o por hambre, que es miedo a fallecer por falta de alimento, o para destruir a un competidor amenazante, que es miedo a la ferocidad misma, miedo al mismo miedo. Porque se confunde el valor con la ferocidad, con profundo desconocimiento de la psicología de las fieras, se ignora que el valor es virtud de los inermes, de los pacíficos — nunca de los matones — y que, a última hora,

las guerras las ganan siempre los hombres de paz, nunca los jaleadores de la guerra. Sólo es valiente quien puede permitirse el lujo de la animalidad que se llama amor al prójimo, y es lo especificamente humano.

ANTONIO MACHADO

S E I S   S O N E T O S

A MI HERMANO PEDRO

Qué entrecortado miedo de perderte,
oh rara palma de amistad, ganada
en la esperanza desesperanzada
que cree en todo menos en la muerte!

El viento malo ¿habrá de ser tan fuerte
que desuna y confine en apartada
soledad doble lo que fué arrancada
de un ardor mismo hacia una misma suerte?

Quién quebrar puede el bronce del destino,
ni mudar en sus tablas el crucero
que a nuestro navegar tiene trazado?

Mas ¿hemos de apurar así el camino,
llevando en él por todo compañero
esta ausencia que calla a nuestro lado?

Barcelona, 29 junio 1938

EN QUÉ BALCÓN...?

En qué balcón estás puesta de codos,
asomada a esta noche en que la aguja
magnética del ansia, terca, en todos
los rumbos del cuadrante te dibuja?

Por qué cristal me ves? Tras de qué reja
un sollozo de amor te quiebra el pecho?
Entre tapias con luna, que calleja
guarda en jaula de tórtolas tu acecho?

En un silencio de ciudad dormida,
ciego y sordo, buscándote, me pierdo
(andar y andar!) por calles sin fachadas.

Hallarte y recobrarme! A la ancha vida
salir, de los profundos del recuerdo,
por las puertas del sueño!...
— Están cerradas.

Barcelona, 1 julio 1938

VOZ DE LA TENTACIÓN

Mezcla al caudal profundo de tus venas
el soplo que en tu oído a morir viene,
largo sollozo mudo que retiene
un freno de viril pudor apenas,

mas no preguntes ni la edad ni el nombre
a esta avidez que enlaza a tu cintura,
temblando en calofrío de ternura,
la ardiente hiedra de mi brazo de hombre.

Démosle ojos y oídos a esta ciega
fiebre eterna que hoy llega a tu regazo,
que de tan hondo a todo mi ser llega,

y Eva y Adán renazcan en la oscura
lumbre de luz que engendra en nuestro abrazo,
virgen una vez más, la vida pura.

Barcelona, 5 septiembre 1938

DE PROFUNDIS

Cuánta viva riqueza a los sentidos
brindada! Cuánta generosa cita
en el hervor del aire que palpita
caldeado de bocas y de nidos,

mientras, con lealtad de amante pobre,
lunático alquimista de humo y eco,
prendido al giro de una sombra, trueco
en geranio la rosa, el oro en cobre!

Todo aguardando en balde al embrujado
—gozosa, luminosa, sin orillas,
la plenitud del mundo!—en sombra anclado...

Has de olvidarme, olvido curandero,
por siempre ya, abrazado a las rodillas
de este soñar sin sueño de que muero?

Barcelona, 11 septiembre 1938

SIGUE LA VOZ DE LA TENTACION

Tornasol de azabache el ala, vienes,
en un revuelto viento de tormenta,
a estrellarte en mi pecho. La violenta
racha en que llegas hace arder mis sienes

y trae, en un subir de agua somera,
gusto de sangre a la sedienta boca
—la rota angustia de tu pulso toca
a rebato, en mis dedos prisionera.

El viento te me trae. El duro viento
volverá a arrebatarte hacia tu nido,
mañana acaso, en vuelo vagabundo.

Entrégate hoy del todo a este momento
en que, inclinado sobre tu gemido,
canta en mi pecho el corazón del mundo.

Barcelona, 12 septiembre 1938

APUNTE PARA UNA METAMORFOSIS

En actitud de escucha, vuelve, grave,
el blanco tallo del desnudo cuello,
entornados los ojos, el cabello
combado hacia la nuca, en ala de ave.

De qué rumor, de cuál no sospechada
voz el oído y el silencio prende?
A qué mensaje misterioso tiende
la inclinación, el gesto, la mirada?

Su imágen, desdoblándose a lo lejos,
se esfuma, lentamente repetida
por una escala mágica de espejos

en cuyas vagas aguas se desploma,
sin llegar nunca al fondo, en vuelo herida,
rosa de espuma gris, una paloma.

JOSÉ MARÍA QUIROGA PLA

Barcelona, 2 octubre 1938.

LADY BELL DE FILADELFIA

Merecía esta campana
que la fundieran de nuevo
como una persona humana.

La casa está en medio de la ciudad. Es pequeña y blanca. Sus puertas están abierta para todos. Cuando llegué yo, no había nadie. La encontré sola en el gran salón silencioso. Hacía calor dentro. Entre sus paredes no corre el viento de la altura. Es una planta baja, a ras del suelo, la que guarda y vigila en silencio. —¿Cómo tan callada?, le pregunté, mientras a su costado veía la enorme cicatriz de su rotura. — Perdí la voz, amigo mío, hace mucho tiempo. Perdí mi segunda voz. — La voz de América — le dije — después de haber roto en este suelo la que traía de Inglaterra. — Exactamente — me respondió—. Y ahora me encuentra usted silenciosa entre dos voces muertas. Como entre dos luces que me velaran. — No está muerta su voz puesto que aún puede hablarme con ella. — En silencio. En esta voz baja, callada, como la que ustedes los españoles llaman, creo, cantar bajito. — Cantando bajito, podrá usted irse algún día por los campos, con su amiga legendaria, en busca de quienes la olvidaron. —De quienes me perdieron. Entretanto, ni respirar puedo por mi herida, que es una cicatriz. Pero sueño. A veces, por la noche, aquí escondida, llena de nostalgias celestes, sin el ru-

moreo del viento alto que me arrulle, puedo, en este silencio, entender mis dos voces mudas, mis voces rotas, que aún me traen reminiscencias de la de los astros, y de las nubes. Y una de ellas, la primera voz, aquella en que se quebró mi destino, reprocha a la otra su audacia. — Es decir, que su acento inglés protesta de su acento americano. — No sé si es eso exactamente. Pero estas dos músicas, veladoras sombrías de mis recuerdos, me suelen contar todo lo que pasa por el mundo; y lo hacen de distinta manera. Se contradicen en un diálogo, a veces dramático y siniestro. Dígame, pues viene de España, su país, si es mi voz vieja o mi voz nueva la que no me engaña. — Su voz nueva, Señora, su voz americana. — ¡ Qué alegría me trae usted, con decírmelo! Pero ¿qué puedo hacer yo sola y silenciosa? No hay ya campanas trepadoras de altura que vuelvan de los campos a cantarle al mundo la verdad con su grito, a encender los cielos luminosamente con mi nombre. Nuestra palabra no se entiende. Yo oigo desde aquí, en mis noches bajas, cerradas, interiores, tan sólo el campanilleo de las locomotoras, o el de las ambulancias. Y allá desde muy lejos, sólo escucho el doblar acompasado de las que tocan por los muertos. ¡ Si yo tuviera otra nueva voz ya me escucharían! — ¡ Quién sabe! ¿ Por qué no vuelve usted a salir a la calle, a los campos, a recoger del suelo esa voz nueva? — No sabría andar. Tropezaría. Estas pesadas faldas de mi cuerpo se enredarían en todo. Me harían caer de nuevo. — No importa. Si se rompía la vieja cicatriz y de la herida abierta y muda, volvía a brotar la sangre. — ¡ Ay! ¡ qué respiro! — Pero no se haga ilusiones. Mis voces se fueron como sombras. La voz de una vieja campana como yo no podrá romper tanto silencio. Si ustedes lo rompen con su sangre, acuérdense de mí. — Al otro lado del mar, amiga mía, la estamos aguardando—. No podré ir. Mi voz ya no atraviesa los aires mis voces callan para siempre. — Me incliné respetuosamente ante ella y salí. La casita pulcra, acicalada, no podía convencerme de que venía de visitar el panteón familiar de la más noble voz americana. Al contrario, me parecía que acababa de ver en aquella vieja mansión sencilla la más viva personalidad de todos los Estados Unidos a toda una señora campana, que aún silenciosa, apartada, sola, puede más con su romántica presencia viva, que las voces de todos los cañones, hijos de campanas, del mundo.

JARDÍN EN FLOR, Y EN SOMBRA, Y EN SILENCIO...

«La planta fugitiva en laurel presa.»
LOPE

No es el jardín lejano, andaluz, este que ahora cerca de arboledas altas, acariciadoras, suavemente, mojado y silencioso, la casa del poeta. Son espacios sombríos de verdura espesa, frondaje denso, senderos sinuosos, descuidados, riachuelos entre yesos partidos y albercas casi secas, coronadas de grutas con rocas falsas y musgosas. Jardín abandonado, junto a un abismo al que desciende, brusco, con vaivenes de ocultas plazoletas, bancos húmedos, laureles, mirtos, rosas... Penumbra adormecida bajo un cielo radiante. Señorial abandono. Goteo en la piedra. Sombras.

«Criptas hondas, escalas sobre estrellas.
Retablo de esperanzas y recuerdos».

La casa del poeta, rodeada de este jardín frondoso, tiene estancias abiertas, espaciosas, galerías apartadas. En ellas se encuentra al viejo mago del verso cadencioso, escuchando aquel mirlo, que en tiempos le cantara...

«Un pájaro escondido entre las ramas
del parque solitario
silba burlón...
Nosotros exprimimos
la penumbra de un sueño en nuestro vaso.
Y algo que es tierra en nuestra carne siente
la humedad del jardín como un halago».

Rumía el poeta recuerdos y esperanzas La penumbra de un sueño envuelve su hondo sentir, que es el pensar más claro. Bebe sombra en su vaso mientras callan, fantasmas de rincones hechos sombras de sombra sus hermanos: Abel Martín, Mairena... Recuerdos infantiles de Sevilla —limonero en el patio— y esperanzas de España entre ardores amarillos de Soria, de Segovia, de Madrid. Espacios castellanos en donde se estrechaban las paredes de su cuartito angosto, soñando este jardín, ahora cercano. Este jardín que viene a buscarle después de haberle huído días y días; meses y meses; años. Jardín romántico.

«Sobre la tierra amarga
caminos tiene el sueño
laberínticos, sendas tortuosas;
parques en flor, y en sombra, y en silencio».

Antonio Machado. La honda y pura voz de la lírica castellana. Heredero de Bécquer; de Fray Luis y San Juan; de Lope y Garcilaso; de Juan Ruiz, de Jorge Manrique. Antonio Machado, el prodigioso mágico de la palabra, vive rodeado de este jardín en flor y en sombra, y en silencio. Jardín cercano. Apenas si ya posa su vida en esta casa abierta, honda, espaciosa, clara. Morada misteriosa. Galerías tiene el sueño como estas que ahora amortiguan sus pisadas. Como estas que aquí nos encienden su presencia, aparecida desde el umbral de un sueño, como su voz.

Estancia grande, amplia. Parque solitario y sombrío. El parque y la amplia estancia vinieron a encontrarle. Se le acercan, le cercan de esperanzas, de recuerdos... Le ofrendan su retiro, su recato. El poeta los esperó siempre de este modo español, con este eco profundo, silencioso, desesperadamente esperanzado...

En el ambiente de la tarde flota
un aroma de ausencia,
que dice al alma luminosa: nunca,
y el corazón: espera.

Honda, pura voz del poeta, música cadenciosa y dilatada, sombría y clara como voz de agua; que es de mar o de lluvia, o de gotear en la piedra; de llanto y risa; de súplica, de rezo, de gozo; de amor y de nostalgia. Voz que dice el más puro y más hondo pensamiento, el que siente, el que canta. Voz de la sangre. Música de corazón y estrella. Callada voz de España. Este sombrío jardín. Esta casa lo guardan. Nos le guardan. Como a Pandora en su caja de música encerrada. Como la copla en la guitarra. Me alejé, melancólicamente, del jardín, de la casa. La imagen del poeta con su voz acordada en mi memoria. Una brisa marina, levemente, se andaba por las ramas. Luego, el viento en breve ráfaga.

«Y era un plañido solitario el soplo
que el polvo barre y la ceniza aventa».

JOSÉ BERGAMÍN

Nube temporal (2)

I

Te pregunté por mí, parado río,
agua muerta, dormida,
te pregunté por mí cuando cansado
me liberté del bosque en tus orillas.
Yo que sobre tus aguas tantas veces
alegre juventud multiplicaba.
¿Has podido olvidarte de ese tiempo
para pintarme así bajo otras nubes?
Mi nueva edad y el cielo gris me dicen
que olvida el agua tanto como el hombre.
Aunque temo que no, que no me olvides
en esta nueva forma dolorida.

II

CAMPO ARRASADO POR LA GUERRA

¿En dónde los recuerdos, si has quedado
como un desierto olvido, tú que eras
vergel o bosque, campo de batalla?
Si hay ojos que te vieron, que guardaron

la imagen de tu muerte y tu ruina,
derramen su memoria en tus arenas:
sangre, metal y fuego confundidos.
Escenario de muerte condenado
a no gozar futuras primaveras,
al menos reproduce la agonía
de tanta juventud sacrificada.
Infantes y jinetes corredores
como nubes de sangre mal heridas,
entre el cielo y la tierra se dividen
para que brille el sol de la victoria.
Y ya no están. La luz que defendieron
apenas si ilumina los rescoldos
de un temporal—¿eterno?—destruído.
Muerte, olvido de muerte, sin un árbol,
desierta la llanura, claro el cielo,
el sol sin hijos luce como el llanto
y el pecho de la tierra no respira.
Memoria: labra en aire las figuras
de los enardecidos combatientes
y las antiguas frondas sean rivales
de este recuerdo en tan desierto olvido.

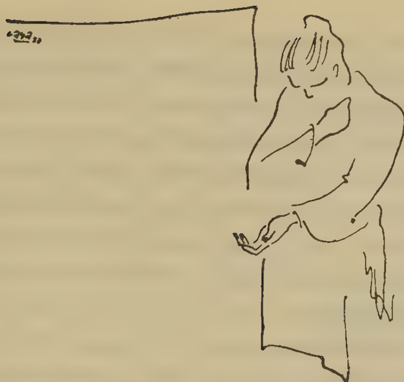
III

ANTE TIERRAS CONTRARIAS

No es color turbio, ni perdida forma,
ni luz confusa, débil, la que parte
la inmensidad del campo, su hermosura;
ni es un otoño entre el calor y el frío,

no se ve ni se siente, no se sueña
la fatídica franja divisoria;
pero allí está, como un reptil inmovil
en la tierra de nadie, la de España.

MANUEL ALTOLAGUIRRE



MISERICORDIA

Misericordia es la palabra que sirve de título a una de las más extraordinarias obras de nuestra literatura: una novela de Galdós, del Galdós desdeñado y olvidado que con persistencia inigualable ha proporcionado el alimento novelesco, imaginativo y poético a tantos españoles; que dió transubstanciado en poesía el ser mismo de España, su historia, durante la época de mayor desarraigo intelectual, cuando las luces de Europa atraían a los mejores, que ponían en ellas sus ingenuas esperanzas y mantenían en silencio a quienes vislumbraban en su corazón la equívoca sombra de tales luces.

Aparece la obra de Galdós como un camino que arranca desde los últimos años del siglo XVIII, de los últimos años de una España todavía unida, para seguir a través de todo el siglo XIX, de todos sus recovecos y entresijos, de todas sus convulsiones y desgarramientos, presentándonos sus entrañas al descubierto, el hervor de la sangre en su origen. Porque todo nuestro siglo XIX no es sino sangre; sangre que mana a borbotones de un cuerpo desgarrado, de unas entrañas que siguen siendo fecundas en su herida.

Y de este remolino ensangrentado que es la vida española del siglo XIX, lo que Galdós nos da en toda su integridad es la vida misma,

la sangre misma. La vida del español anónimo, de obscuro nombre genérico, que va pegada a un pueblo, a una comarca, a un trozo de tierra, en fin, con sus viñedos y garbanzales, con sus trigales y roquedas, o a una ciudad plantada en el desierto, rodeada de vertederos y escombreras, dé tétricas estaciones de ferrocarril como Madrid. Vidas que lo son, tanto como de un ser humano, de un pedazo de suelo, un trozo de vida española; es decir, de linajes y tradiciones, de vida anónima con sus infinitas raíces en el ayer: tejido tramado con todos los elementos de nuestro ser de españoles.

Porque lo que Galdós nos ofrece en su gigantesca obra es algo que es más que historia, porque nos da la historia entretejida con lo más cuotidiano en los «Episodios», la historia absorbida y reflejada por el mundo de lo doméstico en sus novelas. Nos da la vida del español anónimo, el mundo de lo doméstico en su calidad de cimiento de lo histórico, de sujeto real de la historia. El historiador ha solido darnos el hecho, el hecho histórico que para ser considerado como tal requería determinadas condiciones: un hecho, para ser considerado histórico, tenía que aparecer ante los ojos de quien lo estudiaba como decisivo y trascendente. La novela realista de Galdós nos muestra, en cambio, aquello de que tales hechos salen, lo que queda oculto bajo esa trascendencia y que puede ser tomado por simple poso del tiempo, por la vida hermética que no ha logrado trascender, vida al margen del tiempo, que sólo tiene sus días contados, su límite fijo, sin mañana ni ayer.

Mas la novela galdosiana misericordiosamente desciende a esa vida, y con realista afán de conocimiento se detiene en ella hasta desmenuzarla, hasta descubrir el secreto de su íntima estructura, analizando su misterio hasta el límite en que todo misterio consiente en ser desvelado por una luz ajena. Y en ella encontramos la trascendencia de lo cuotidiano y anónimo, en el fluir de ese tiempo no ligado a un acontecimiento decisivo, y también la trabazón de lo histórico, del ayer decisivo y trascendente con el hoy sin nombre aún; el reflejo del histórico ayer en el presente pobre y desnudo.

Por el rastro humano, por los sucesos más íntimos y cuotidianos de las novelas de Galdós, se pueden rastrear hasta su origen los sucesos más importantes de nuestra historia, y, lo que es más decisivo que nada:

podemos ver qué acontecimientos del pasado han sido verdaderamente trascendentes para la vida del pueblo español; qué sucesos, apuntados o no por los tratados de historia, han marcado su huella en la vida de los españoles todos, han condicionado sus alegrías y sus pesares, han cerrado su horizonte a la esperanza, han ampliado el marco de sus posibilidades o han estrechado las paredes de su calabozo. La huella de lo histórico en la vida pobre y sin nombre.

Porque así como en el instante más vacío de la vida de una persona está la huella de todo su ayer, con todos sus instantes, y esta presencia constituye la unidad de la vida, de toda vida personal, asimismo en los personajes de Galdós, en el mundo de sus complejas relaciones, está la huella viva, prolija y multiforme, de nuestro multiforme pasado. El protoplasma hispánico impreso de mil huellas, mas también hirviendo de nuevos gérmenes, es el sujeto único, en sus innumerables caras, de la novela galdosiana. El tiempo real y concreto en que lo histórico y lo innominado se traban reflejándose mutuamente, el tiempo con ritmo imperceptible en que transcurre lo doméstico agitado todavía por lo histórico, es el tiempo real de la vida de un pueblo que lo sea en verdad, es el tiempo de la novela de Galdós.

La presencia del ayer histórico en un presente sin relieve. Su nostalgia y su deformada imagen en el espejo de una actualidad desmemoriada. La presencia del decisivo ayer en una conciencia intermitente como lo es nuestra tradición. Mas, por debajo de la conciencia, a través de los más raros caminos, el ayer persiste, actúa, está en los más extraños y modestos lugares. Porque de la presencia material de nuestras ciudades y pueblos, y aun de una ermita en la pradera o de una simple calzada, se desprende un vaho de pasado. Hay pegada a las cosas, a todas las cosas que ha desgastado la vida —como el agua del río las piedras del cauce—, una huella, un cierto desgaste distinto de la pátina de la simple antigüedad, que dice de la mordedura de la vida, del agrio sabor de los días grises allí posados. Huella del pasado que no es memoria esplendorosa, ni gloria que envíe sus rayos aún cálidos sobre el helado presente, sino algo más trabado, gastado y deshecho. De los damascos ha quedado el harapo, y de la casa señorial el desvencijado corredor. Y de los seguros pasos, tan sólo las trizadas baldosas llenas de hoyos; de las

erguidas figuras, algún gastado espejo en que el tiempo ha sorbido el azogue que lo reflejaba.

Y así también en las humanas vidas; mezclados a los borbotones de la sangre naciente, los delirios de grandezas, la grandeza de una España remota reducida a delirio, a confusa imagen en el espejo quebrado y acuoso. Las aguas de la memoria se han enturbiado con el limo que sube del presente y las algas del olvido; la imagen del ayer reflejada en ellas produce una deformada imagen de pesadilla. Las figuras del ayer lejano reflejadas en la memoria turbia han engendrado en el presente un monstruo.

*

Un monstruo, en efecto, parece la España que asoma su rostro en la novela de Galdós; la España del harapo y la locura, de la mezquindad y el disparate, de la prodigalidad y el absurdo. ¿Cómo plasmar tan anárquico mundo sin poseer su clave? Cómo abarcar sus complicadas relaciones, recorrer sus vericuetos sin descarriarse por ellos, sentir sus palpitaciones sin perder el tino? No basta ser español, sentir en la sangre el parentesco indestructible con tan disparatadas criaturas, reconocerse en todos los personajes, llevar impreso en el olfato el olor de los angostos interiores y en la retina la omnipresente luz de nuestro cielo.

No basta, con ser mucho, todo esto. Es preciso haber entrado en posesión de un cierto saber que nos haya dado la clave de todo ese revuelto mundo, que nos haya descubierto el orden que forzosamente ha de existir detrás de tan enmarañado revoltijo, encontrando tras el absurdo personaje su trasunto inteligible, su ser verdadero, que diría un filósofo, la esencia sustentadora de tan contradictoria apariencia.

Cuestión es ésta que plantea la cuestión misma de algo que tanto nos importa a los españoles como el realismo, el consabido «realismo español», tan nombrado y trillado como poco conocido. «Realismo español» del que con tanta frecuencia se habla como de algo evidente que con sólo nombrarlo bastara, como si a alguien que se interesara de veras por el misterio de la vida de una persona se le pretendiera satisfacer contestándole: se llama fulano de tal. Y así, para explicar los misterios de nuestro arte más excelso se emplea el término: «realismo español», añadién-

dole a veces un adjetivo como «extremado», «sangriento» y hasta «bárbaro».

Y no sólo en darlo por conocido hay error, sino también confusión en lo que se quiere expresar. A veces se habla de «realismo» como de una cualidad entre otras que se pudiera o no poseer. Otras veces se alude a un estilo artístico, como naturalismo, u otro cualquiera. Y esto de ser un estilo es lo más alto que el realismo español ha alcanzado, el concepto más amplio y preciso con que se le ha querido abarcar.

Mas no nos basta, pues la sospecha que tenemos, la única que de comprobarse encajaría en la función que el tal realismo ha venido desempeñando en nuestra cultura, es la que induce a creer que el realismo español lleva aneja una forma de conocimiento, precisamente aquel de que se han nutrido toda nuestra cultura y saber populares, la cultura analfabeta del pueblo y las más altas, las más misteriosas obras de nuestra literatura.

Para poder precisar en qué consiste este género de saber, habría que revisar los géneros esenciales del saber desde sus orígenes en Grecia, por una parte, y por otra descubrir las raíces de la actual crisis del saber filosófico o más exactamente racional, de su insuficiencia y agotamiento, para volverse a descubrir este otro saber allí donde la razón racionalista lo mantuvo confinado, sin haberle podido impedir, sin embargo, que irradiara desde sus escondrijos en los más insospechados lugares. Más que nunca es necesario hoy esto, pues para dar al hombre el alimento espiritual que necesita es preciso que este género de saber se muestre en su plenitud creando el nuevo género literario que ya echamos de menos y haciendo posible la madurez de algunas ciencias que lo necesitan para el logro de sus frutos —tal la Historia

No es éste el tema del presente trabajo, y, sin embargo, se hace preciso marcar que la ciencia que en las novelas de Galdós aparece, el profundo saber de las cosas de España que en ellas se encierra, sólo quedará ampliamente reconocido, y por tanto asimilado, cuando ese género de saber haya alcanzado validez y nombre, es decir, objetividad plena. A la luz de su aparición, el realismo español será algo mucho más que una cualidad y más decisivo que un estilo; será simplemente la actuación de este género de saber en el clima hostil de una cultura de

origen racionalista que va agotando su ciclo. Será la actuación continua y humilde de una razón que no ha comenzado por nombrarse a sí misma, por establecerse a sí misma; de una razón o manera de conocimiento que se ha extendido humildemente por seres y cosas, sin delimitarse previamente a sí propia; que ha actuado sin definirse ni separarse, mezclándose, inclusive, con la razón al uso, con su enemiga y dominadora razón racionalista. Pero es que una de las características de tal género de razón sería el no tomar represalias contra lo que la domina, el no tomar represalias más que en el terreno de la creación, rebasando, superando —jamás rebatiendo ni disputando. Razón esencialmente antipolémica, humilde, dispersa, misericordiosa.

Humilde, dispersa, misericordiosa más que ninguna otra es la obra de Galdós; transparenta como ninguna otra las cuestiones más decisivas de nuestra historia, los sucesos más trascendentes de nuestro ayer y el fuego vivo del presente. Ahí está como un inmenso regalo para satisfacer nuestra necesidad de conocimiento, nuestra extremada pobreza en el saber de aquello que más nos importa.



No nos ha dejado Galdós clave alguna teórica para conducirnos por el riquísimo y complejo mundo de su obra novelesca. Su obra mejor transcurre limpia de todo intento de teoría. Y esto constituye una gran suerte, porque de haberlo intentado nos daría una clave falsa; se hubiera engañado a sí mismo fatalmente, necesariamente, porque la razón de su tiempo, la que él podía manejar, no estaba en condiciones de penetrar en los problemas que los originales personajes arrastran consigo, y, caso de estarlo, por las muestras no muy felices que don Benito nos ha dejado de su inteligencia discursiva, no hubiera acertado a discurrir sobre aquello mismo que él había creado, cosa no extraña, ciertamente, en un artista. Hay en la personalidad de Galdós un divorcio entre el intelectual, el hombre de «ideas» y el creador, el poeta que desciende hasta los fondos últimos de la vida española, aquellos que más celosamente esconde un pueblo, hasta lo más reacio a ser desvelado, hasta la esquiva verdad que apenas tolera la palabra.

Verdad esquiva que de ningún modo ha permitido ser pensada, reducida a concepto, ni apresada en ideas, ser despegada de sí misma, en suma; verdad que el intelecto humano, hasta ahora, no ha podido captar para dominar, sino que ha exigido el perderse en ella, la entrega de nuestro ser, porque no es cosa que se sepa, verdad de la mente, sino íntegra verdad de la vida. La razón despegada de la vida ha corrido durante siglos por su mundo, conquistado mundo de abstracciones. Mas entre nosotros, la mente no ha sido despegada de las cosas, de la vida, por violencia alguna, por apetito alguno de poder, y la vida ha triunfado siempre. En su triunfo no ha entrado para nada la apetencia de dominio, sino; al revés, la falta de ella, la anulación de la voluntad por el amor. Y así se ha hecho posible la existencia de criaturas como las que encontramos en la novela de Galdós, criaturas que no han consentido en ser apresadas más que por la palabra humilde ceñida a la vida, que no han consentido en ser sabidas de otro modo que poéticamente. En la novela de Galdós, como en el realismo español, la fascinación de la vida ha triunfado sobre el poder de las ideas, sobre su prometedora fuerza de avasallar la realidad.

Mas amor con amor se paga; la realidad viene a entregarse plenamente a quien así se le entrega, y de ahí la riqueza infinita, la infinita complejidad de la novela galdosiana, la magia que de ella emana, más allá de la literatura. Magia igual a la que irradia una pared desconchada, un cardo en un erial, unas tejas verdinegras de lluvia, un rostro arrugado por los días, todo lo vulgar, todo aquello cuya gracia consiste solamente en existir.

La maravilla de la existencia, el prodigio y misterio de la realidad de la vida, corre a través de las innumerables páginas galdosianas, corre por igual, extendiéndose monótonamente sin principio ni fin. Pero se muestra al descubierto en su raíz, en dos de sus infinitas raíces, en otras tantas de sus obras: «Fortunata y Jacinta», y «Misericordia», novelas de Madrid ambas. Ellas dos, muy especialmente en cada una de sus protagonistas, encarnan esa prodigiosa fuerza de la vida en aspectos distintos que juntos son capaces de asegurar por sí solos la perennidad de un pueblo, del pueblo en que con tan divina naturalidad se producen: Fecundidad y Misericordia. La manifestación de la inmensa fuerza de la

fecundidad, ilimitada, espontánea, corriendo libre de todo cauce, brotando arrolladora e inocente, se muestra en Fortunata, la semidiosa hija del pueblo de Madrid. La fuerza milagrosa de la creación, del espíritu creador que corre pegado a la carne, a sus modestas necesidades, se nos muestra en todo el intrincado y anárquico mundo de «Misericordia», y sobre todo en Benigna de Casia, la divina criada alcarreña.

Fortunata y Benigna son pueblo, puro pueblo; las razones de su conducta, la razón de su ser, se hunden confundiéndose con la razón misma de ser del pueblo español, del pueblo sustentador del ente histórico que se llama España. Si Fortunata nos ofrece el misterio en que un ser humano individual aparece ligado, identificado en cósmica unión con la especie toda y, aun más allá de ella, con la naturaleza —misterio de la maternidad imponiendo su ley—, «Misericordia» nos muestra otro misterio, el de la fuerza de cohesión de un pueblo más allá de la locura y de la prudencia, sacando su fuerza de su prodigalidad, su esplendor de su miseria. Misericordia es la razón de la sinrazón de España, el orden en el disparate y la locura, y en este sentido —razón de la sinrazón, hecha patente— está más allá del libro genial y profético de nuestro pueblo, en la misma línea y más allá del mismo Don Quijote.

Misterio de la cohesión de un pueblo en su anarquía actual. Mas el momento fugacísimo del presente apenas existe en «Misericordia», mundo de pura temporalidad, devenir constante en que el tiempo se quema en su propia substancia sin dejar ceniza. El instante no pesa, los personajes son puras llamas a las cuales sólo su íntima transformación mantiene —pura vida.

Vida que viene de un pasado y está llena de sus huellas innumerables; continuidad de la vida de un pueblo que prosigue, bajo la superficie de los hechos históricos, bajo la máscara histórica, su crecimiento orgánico. Continuidad de aquello que sigue y antecede al fragor de lo épico, al esplendor del Estado, a la gloria militar, y que por llevar al mismo tiempo su gérmen, su posibilidad de renacimiento en el futuro y su rastro del ayer, es sencillamente la tradición, nuestra múltiple, plural tradición.

Por debajo de los hechos históricos sigue transcurriendo la corriente de vida que la hace posible, vida organizada, cohesión del ayer con el ma-

ñana a través del hoy; cohesión de todos los elementos que integran el hoy y que trabados, vivos, fluentes, forman la entidad que se llama pueblo, entidad a la vez humana y divina, puesto que no podemos inventarla y más bien es ella quien nos inventa a cada uno de nosotros.

En esta corriente viva que llamamos tradición se asientan las raíces de nuestra cultura verdadera, o sea de aquellas nociones actuantes que rigen nuestros más secretos y continuos movimientos, que aprisionan nuestra mente, que inspiran en los instante decisivos de nuestra existencia una resolución, porque de ella nos viene la fuerza capaz de vivir y morir, la fuerza capaz de hacernos creer que pervivimos cuando ha sonado la hora de la aniquilación, porque ella nos empuja con la infinita fuerza de cada uno de nuestros linajes y nos inspira con la embriagadora promesa de nuestra continua resurrección en la temporalidad, más acá de todo juicio final. Embriagadora fuerza de la tradición, capaz de fascinar a una vida, de desviarla, si por ventura —tratándose de la nuestra— ella misma no la salvara. Pero esto —más adelante lo veremos—, Benigna, la sirviente analfabeta, no lo ignoró ni un solo instante.



A medida que penetramos en el mundo de «Misericordia», sentimos que nos vamos sumergiendo en nosotros mismos, pasando por diversas capas, por aquellas más inmediatas socialmente, por aquellas en que nuestro ser individual convive mezclado con los de nuestra misma clase social: más profundamente, y con tanta fuerza que borra esta primera forma de convivencia dentro de una clase social, está la otra convivencia con el pueblo todo, la dimensión en que somos hijos de España, en que corremos su suerte, en que nos desgarran sus heridas, nos aminoran sus decadencias y nos sustenta su esperanza. Plano o zona de nuestro ser en que somos simplemente españoles. No sabemos si de ahí escapará alguna otra dimensión en que seamos cosa distinta, en que nuestro riesgo y ventura se desprendan de la del pueblo que nos sustenta; no sabemos, sobre todo, si tal dimensión es querida por nosotros —es decir, si, llegado el caso, querríamos salvarnos a pesar de ser españoles o en contra de serlo; si en última instancia, en esa última instancia supra-

temporal, tomaríamos los riesgos de un «Fuenteovejuna lo hizo» más allá de los juicios de este mundo. Pues de que así es aquí, de eso sí que estamos seguros: de que el amor a nuestra condición de españoles sea tal, que consintamos —y aun lo deseemos— en echar sobre las pobres espaldas de nuestra individual existencia las culpas —si culpas hay— que en su espontáneo actuar haya podido cometer el pueblo. Sí, estamos seguros y firmes en no decir nunca: «eso hicieron», sino siempre: «eso hicimos». Ante el tribunal del mundo, los yerros del pueblo son los nuestros, sus culpas nuestras culpas, porque su esperanza es también nuestra esperanza.

*

En esta zona de nuestro ser en que somos simplemente componentes del pueblo español, seres a quienes afectan todos sus dolores y que participan igualmente de todas sus riquezas, es riquísima la novela de Galdós, y muy especialmente «Misericordia». En su lectura nos sentimos sumergidos íntegramente en ese mundo donde están todos los elementos esenciales de nuestro ser popular, de nuestra cultura viva. La vida entera de un pueblo, de una cultura, abierta en sus páginas, en el misterio de su continuidad, de su morir y renacer permanentes. El misterio de nuestra continuidad como pueblo, de su unidad dramática, de nuestra sangrienta y polémica unidad.

Porque de todos los problemas que a un español le acongojan, ninguno más grave que éste de la cohesión, de la unidad del pueblo español, ninguno más empapado en sangre y en sales de amargura.

Desde el comienzo del siglo XIX —es decir, desde el arranque de la obra galdosiana— hasta la tragedia actual, la unidad del pueblo español ha sufrido tremendas crisis. Mas ya es aventurarse con exceso decir «unidad del pueblo español». La crisis, la tragedia, aparecen en la unidad del Estado español, plasmada por Cisneros y conservada en su creciente consunción hasta los tristísimos tiempos de «el Deseado», a cuya muerte España se enciende mostrando al mundo la trágica dualidad que en él había. El Estado, cada vez más impotente, ha acabado por dejar al descubierto el desnudo cuerpo de la vida española desgarrada, deshecha en sangre. Casi sin interrupción mana ya la sangre a borbotones. Cual-

quier novela de Galdós, cualquiera de los «Episodios», muestran esa España en carne viva, en su trágica dualidad.

La pregunta que surge es de gravedad suma. Esa dualidad ¿afecta tan sólo al Estado español, o es que por debajo de él se produce acaso en la misma corriente viva de la tradición, en las entrañas mismas de la cultura, de la vida de España?

Porque la larga serie de acerbas críticas contra el Estado de Cisneros —y no ha habido todavía ningún otro logrado— parecen dar a entender que la crisis de la unidad española proviene íntegramente de la defectuosidad de constitución del Estado, ya en su primer momento, ya en su solidificación, con Felipe II. Y con ser esto grave, aun más lo sería otra tesis, que algún pensador ha apuntado, de que nuestra defectuosa constitución como nación provenga de los ingredientes integradores del pueblo mismo, de que no haya funcionado con la necesaria potencia un elemento unificador, absorbente, integrador.

La realidad que encontramos en «Misericordia» de Galdós no parece dar la razón ni a una ni a otra tesis, y si acaso nos hemos embebido en su lectura con ánimo de comprobar la verdad de la una y la falsedad de la otra, veremos más bien levantarse una tercera, no como tesis, pues es muy difícil que tesis alguna se avenga con la enigmática obra galdosiana —tan enigmática como la realidad misma—, sino como sospecha de algo más inmediato todavía, y que, por tanto, no decide por el momento la verdad o falsedad de tales tesis.

La sospecha estriba en que esa dualidad trágica esté motivada por una deficiente asimilación del pasado, como una falta de vivificación de todo nuestro ayer. Porque hay un hecho que la historia acepta y que aparece en «Misericordia» y en alguna otra novela —«Nazarín»— galdosiana, con toda luminosidad, y es la gran riqueza de ingredientes raciales, religiosos y culturales contenidos en el pueblo español, por las especialísimas circunstancias que han hecho de la península hispánica un hervidero, encrucijada de Oriente y Occidente y de las corrientes de cultura y razas que vienen de Noroeste y Sur Esta diversidad de elementos aparece en «Misericordia» absorbida en una poderosísima corriente popular, unificadora de los diferentes linajes que intervienen en nuestra historia, de las distintas culturas que han ido en ella mezclando su savia. Pero

como trazo sombrío, encontramos también algo a modo de residuo sin asimilar, algo que no ha podido llegar al pueblo y ser por él transformado en substancia de porvenir. Residuo letal de un ayer cadavérico y que flota arrastrado por la corriente de las aguas vivas de la tradición. Encontramos, por el momento, en el estricto presente del mundo de «Misericordia», una divergencia de conducta, de ética. Por una parte, el pueblo; el pueblo usa todo lo que tiene, lo entrega, lo gasta, y aun diríamos que lo malgasta si de tal dispendio no saliese la permanencia de nuestro ser, si con tal prodigalidad no quedase asegurada la continuidad de la tradición. Pero, por otra parte, algo se le opone, en nombre de la prudencia a veces, de las «sagradas convicciones», es decir, de las convicciones petrificadas, hechas leña; tronco sin savia que cree tener raíces porque las enseña al aire. Prudencia, razón, «arraigadas convicciones» que reiteradamente se han revuelto contra la viva corriente que prosigue su curso, contra las secretas fuerzas que inocentemente mantienen en pie la cohesión íntima del pueblo español, mantienen en pie lo que se llama España.

Las clases sociales en que desdichadamente han ido tomando cuerpo estas fuerzas muertas, a medida que el tiempo ha ido dejándolas atrás, han ido transformando, como no puede ser menos, la inercia en veneno, en un veneno de temor y de rencor originados en la negra raíz de la impotencia, de la infecundidad.

Nuestras luchas internas, nuestras cruentas guerras civiles, han sido un pleito a la luz de esta sospecha, han sido engendradas por una divergencia con respecto al pasado. Sucede entre la corriente viva de la tradición, la continuidad popular de la cultura y la petrificación de algo irreductible a ser vivido y cuyo origen hay que buscarlo en un pasado un poco remoto al de las novelas de Galdós. En ellas, el temor y el rencor están ya en pie frente a la prodigalidad de todos los tesoros, que es su actualización plena.

Esto nos hace muy explicable que la revolución anhelada en España por los españoles mejores haya sido una revolución frente al pasado, la revolución del pasado, o sea su reabsorción, su incorporación total, sin residuos latentes, a la corriente viva de la tradición popular. Revolución querida y ansiada por muchos de aquellos que han sentido la tra-

gedia de la unidad española como su propia tragedia —así Don Miguel de Unamuno—. El peligro ha estado en el rencoroso malentender de los torcedores de toda clara voluntad, que han querido hacerlo confundir con su contrario, con su enemigo peor: el cadavérico, falso tradicionalismo.

*

El mundo de «Misericordia» es ya una lucha entre la generosa prodigalidad popular y la rencorosa inhibición, el miedo a la vida. Todo ello —en lo que tiene de suceso terrible, de mal progresivo, cáncer que roe las entrañas mismas españolas— no aparece naciendo en ese mundo, sino que más bien se encuentra en una estación de cierta benignidad en que el mal no ha adquirido aún toda su fuerza, esa fuerza de incendio voraz, implacable devorador al que ningún desastre puede aplacar: la triste España cainita. En «Misericordia» hallamos, sí, un tejido social en que se entrecruzan la vena popular creadora en toda su divina potencia, y lo que un instante más allá va a ser la negra sombra de Caín, pero que no lo es todavía. Un motivo más para que nuestros ojos recorran las páginas de este libro genial que, si por una parte es el evangelio de nuestra fuerza, de nuestra gracia más verdadera, por otra insinúa ya su contrario, que todavía no es más que algo que le ofrece resistencia sin moverle guerra. Pero la guerra está al acecho.

Encontramos en «Misericordia», por una parte, los más absurdos, deformados restos del pasado, todo lo «venido a menos», la decadencia, la ruina. El andrajo que fué antes púrpura, el sable del señorito vergonzante que fué antes conquistador acero. El más amasado revoltijo de clases sociales a las que la miseria ha puesto al igualitario nivel del arroyo, en el que, sin embargo, unas sutilísimas formas de expresión, de maneras de conducirse, marcan la diferencia de origen, la altura de la caída. Mezcla de clases sociales y de épocas históricas, pues cada uno de los personajes lleva la marca de una determinada época con sus resabios y sus «ideas». Y así se mezclan la hidalguía auténtica, la caballerosidad del caballero de Ronda con la del lírico moro Mordejai. Los dos, por diferentes caminos, a través de distintos linajes, tienen una tradición diversamente caballeresca, más verdadera en el moro, por estar ci-

mentada en la poesía que le salva de todo contagio con la vileza picaresca del arroyo, mientras que al desdichado «caballero Ponte», el «protocursi», es la locura, la enajenación del hoy, su desasimiento del tiempo, lo que le salva del inminente peligro de caer en la terrible cursilería. Irremisiblemente está prendida en ella la práctica nuera de la señora, de la dama rondeña Paquita Juárez. Porque en este mundo de la locura, la cursilería —el lamentable mal de nuestro siglo XIX, que ha terminado, si no engendrando, sí amamantando al fascismo— ha entrado por la puerta de la administrativa prudencia, del cálculo que es ya la impotencia conspirando contra la esperanza.

En el «caballero Ponte» de Ronda encontramos, como en un retrato de segunda mano que reproduce con cierta confusión los rasgos de una figura inconfundible a fuer de extraordinaria, encontramos en su inhibición, la inhibición que le produjo la miseria separándole del mundo real y arrojándole al de las sombras, la inhibición de nuestro primer caballero, del más noble y más desventurado de todos, en quien se inicia el tremendo mal, el peor tal vez con que el destino ha gravado a nuestro ser de españoles. Pero es un mal que no podemos rechazar, porque en él se cifra, al mismo tiempo, nuestra nobleza, pues que esta paralización del tiempo, esta suspensión de la historia por virtud de un ser humano que se niega a vivirla, constituye el gran suceso de España cuando el mundo comienza a marchar por otros rumbos que no son los queridos, que no pueden ser los aceptados. Es Don Quijote en quien por primera vez aparece, y por ser tal su pureza y el resplandor de su figura, hay quien cree que es la única forma de la inhibición española. Equivocación que lleva en consecuencia a juzgar como «quijotescas» acciones y omisiones que no son estrictamente tales. Tras de la inhibición de Don Quijote vienen otras muchas estaciones del mismo camino que cada vez van estando más lejos de su excelso origen, que cada vez van degradándose más, hasta parar en la envenenada inacción, en el quietismo mortal.

Porque a Don Quijote no le permitió Quijano el bueno permanecer encerrado en su fantástico mundo. Trastrocó la imagen de la realidad que le rodeaba, pero sólo equivocó las apariencias, la máscara histórica; bajo ella, su vista descubría con sobrehumana agudeza a la persona moral, a la criatura menesterosa a quien podía ayudar. Bajo la apariencia enga-

ñosa, el mundo era para Don Quijote el lugar de ejercicio de su justicia y de su misericordia; no se ha desrealizado, porque la vida le seguía fascinando; su voluntad no vaga desasida ni un solo instante.

La inhibición de nuestro pobre caballero rondeño tiene de común con la de Don Quijote el haberse negado a aceptar el giro de los acontecimientos; sin peso, sin asidero —convertido en pluma, como él mismo dice a la hora de la muerte—, su voluntad se ha aniquilado por completo. El delirio imaginativo, el vagar por la nostalgia de unas imaginarias grandezas idas, le permite algo muy grave: tomar por «ideales» las simples formas vacías de un ayer marchito, transformar los fantasmas sensoriales, la vanidosa nostalgia de una pompa de jabón, en el simulacro de un *ideal*. Pero «nobleza obliga»: ese simulacro, esa forma vacía le obliga a mucho, a practicar una forma de la misericordia, de la justicia, que se llama *respeto*: respeto impuesto por una forma vacía, pero al fin respeto.

Tales son algunos de los matices de estos personajes galdosianos, que llevan a producir el equívoco con lo «quijotesco». Son una especie de personajes que no poseen ya más que «formas», vaciedades, pero que se salvan, sin embargo, como este caballero, porque aún existe en ellos una lealtad a esa forma huera, porque aún alienta cierta pasión verdadera en el culto a la vaciedad. Y un grano de verdad basta a veces para sostener una vida. Ella libra al caballero, al reintegrarse, en el ocaso de sus días, a «su clase», de ser capaz de lanzarse a alguna «guerra santa», a alguna «cruzada» en la que por tontería, por espiritual vaciedad sin lealtad, acabase despeñándose en los más tremendos crímenes, en las más negras traiciones. Que tal es el riesgo para estos alígeros seres.

En su sola locura, en su solo desvarío parece sustentarse la dama andaluza a quien sirve Benigna, la incansable. Leve, sin peso, cual hoja arrebatada por el viento del infortunio, pasa la desdichada señora; egoísta, generosa, refugiada en su engaño. Le ha faltado siempre valor para enfrentarse con la vida, y según ha ido bajando la cuesta de su ruina ha ido perdiendo pie, hasta ser un semifantasma. Es como una forma fantasmal en la cual se ha refugiado, no por huir de la vida, sino al revés, para mantenerse en ella, porque sólo enajenada, escondida en su propio fantasma, puede seguir en pie. En pie, porque unas manos

incansables, unas espaldas valerosas la sostienen: las manos, el corazón infatigable de Nina, abogada de imposibles.

La hija, «la señorita», existe más fantasmalmente todavía, si cabe, pues no ha podido tomar en serio, «no ha podido acostumbrarse» a su mísera vida, y no tiene el brillante pasado de su madre; no posee recuerdos hacia los que transferir el centro de gravedad de su vida de hoy. De la suntuosidad pasada solamente tiene un saber abstracto, sombra de un ensueño Por eso el caballero de Ronda le trae el saber abstracto sin contenido vivido. El caballero Ponte acude con sus relatos a suministrarle el contenido fantástico que le falta; la describe bailes del gran mundo, saraos, veladas entre espejos y arañas llenas de luces, relatos de amores... toda la magia, en fin, de un mundo que era «el suyo», que ella debía saber que era el suyo, para preservarse de tomar por verdadera realidad la que le rodeaba. Se la había condenado a perpetua infancia, a perenne irrealidad, a vivir colgada de nostalgias de lo que nunca había tenido. Por eso su personalidad no cuenta; su existencia es la de una niña, infancia embalsamada entre los fúnebres objetos de que por su matrimonio se encuentra rodeada. Todo ello, hasta su matrimonio con un ex-dependiente de industrias funerarias, parece una caricatura del romanticismo. Ella también, como su madre, como el caballero Ponte, come al amargo pan de la limosna. Benigna pide por ellos, se está a la puerta de la iglesia de San Sebastián como una mendiga más, corretea por calles y sube interminables escaleras, vence a diario el imposible y realiza el milagro continuo, continuo como el pan de cada día.

¡Benigna! Todos viven apoyados en su frágil espalda, sostenidos por la incansable actividad de sus ligeros pies, consolados por la imperturbable alegría de su ánimo. Mas ella, que a todos sostiene, ¿en qué se sostiene? ¿De dónde nace la misteriosa y sobrehumana fuerza de esta mujer, vieja, pobrísima, ignorante, sin más guía que su corazón en el laberinto del mundo? ¿Qué saber se alberga en su cabeza? ¿Qué ética mantiene el equilibrio prodigioso de sus acciones; de qué manantial saca aliento para remontar cada día la cuesta durísima de sus dificultades sin desfallecer, sin jamás rebelarse?

A través de toda la novela, la criada Benigna aparece como el único ser íntegro, la única criatura tan arraigada en la realidad que no parece

arastrar pasado alguno; es como si estuviese naciendo en cada instante. Es la única que con su existencia no plantea ningún problema; apenas sabemos nada de ella: que se llama Benigna de Casia, que es de cerca de Guadalajara, que vino a servir a la Corte y que allá hacia los treinta y cinco años de su vida pasó una borrasca amorosa, de la que no ha quedado más huella que el recuerdo con que la mortifica la malevolencia histérica de su señora; leve rizado de las aguas profundas, remansadas, de esta vida transparente.

Por varios motivos atrae como ninguna otra la figura de Benigna en «Misericordia»; por lo que es en sí misma —agua pura y viva brotando entre escombros— y porque es ella la clave de todo ese mundo complicado. Agua y roca a la vez. Ella es lo más vivo que hay, el presente, la actualidad de la vida libre de residuo alguno, libre de toda traba. Presente que al renacer en cada instante es porvenir, porvenir que descendiendo hacia la realidad desde el infinito horizonte de lo posible es la verificación más fiel de la esperanza.

En el entrecruzado mundo de culturas y linajes, Benigna es la pureza popular, tan pura como indiferenciada; es decir, tan libre de partidismo, tan apta para toda comprensión. «Como no sea castellano neto, no atino», dice ante la invitación de Mordejai a recitar una oración hebrea en el complicado conjuro que había de traerle la ansiada holgura económica.

Pero nadie mejor que ella misma para revelarnos lo que la mueve; pues Benigna habla, habla en un clarísimo y llano lenguaje sin equívocos. Y entre las páginas de la novela está esparcido y como al azar, sin ser subrayado por la retórica ni por truco literario alguno, lo que pudiéramos llamar el «ideario» de Benigna. Bien vale la pena repasarlo. Ideario modesto, cuyas ideas hay que considerar siempre en función de la situación que le hace pronunciarlas, pues Benigna no tiene el gusto de la teoría, y cuando habla es lo mismo que cuando extiende su mano para pedir: por necesidad.

Y así, un día de los más trabajosos, cuando, después de mendigar toda la mañana y trotar toda la tarde, llega a casa de su señora con la modesta comida y los consoladores remedios de botica, la pobre señora desesperanzada le insinúa su ansia de un definitivo y liberador descanso, Benigna le contesta: «Venga todo antes que la muerte, y padezcamos con tal

de que no nos falte un pedazo de pan y pueda una comérselo con dos salsas muy buenas: el hambre y la esperanza».

El hambre, la esperanza y el pan de cada día. Esto es la vida para Benigna, lo que tiene que oponer a la muerte, lo que efectivamente le opone, venciéndola. Inmersa en su hambre y en su esperanza, a veces hasta sin pan, Benigna resiste todo, todo antes que la muerte. Y hay que notar que es esta la única vez que Benigna se refiere a la muerte, y la referencia no ha salido de ella, no es a ella a quien se le ha ocurrido pensar en la muerte, ni como remedio, ni como peligro que a toda costa haya de evitar; pero al mentarla su ama, no la ha encontrado desprevenida. Por el contrario, ante su nombre se ha revelado en qué consiste esencialmente la vida para Benigna, cuáles son los íntimos asideros de su ser.

Pero la señora, en quien no anidaba tan íntima conformidad con la vida, le sigue preguntando, y le plantea la cuestión, la terrible cuestión de la dignidad, de las humillaciones que la miseria inflige, que para la desgraciada señora, al igual que para los de «su clase», es sin duda lo más difícilmente soportable, porque ataca a su *ser*, a lo que estiman como su ser último irrenunciable. Veamos cómo Benigna le contesta, siguiendo la misma conversación (págs. 63, 64 y 65 de «Misericordia», edición «Nelson»):

«—¿Y soportas, además de la miseria, la vergüenza, tanta humillación, deber a todo el mundo, no pagar a nadie, vivir de mil enredos, trampas y embustes, no encontrar quien te fíe valor de dos reales, vernos perseguidos de tenderos y vendedores?»

«—¡Vaya si lo soporto!... Cada cual en esta vida se defiende como puede. ¡Estaría bueno que nos dejáramos morir de hambre, estando las tiendas tan llenas de cosas de substancia! Eso no: Dios no quiere que a nadie se le enfríe el cielo de la boca por no comer, y cuando no nos da dinero, un suponer, nos da la sutileza del caletre para inventar modos de allegar lo que hace falta sin robarlo... eso no...»

«—Es que tú no tienes vergüenza, Nina; quiero decir decoro; quiero decir, dignidad».

«—Yo no sé si tengo eso; pero tengo boca y estómago natural, y sé también que Dios me ha puesto en el mundo para que viva, y no para

que me deje morir de hambre. Los gorriones, un suponer, ¿tienen vergüenza?... Lo que tienen es pico. Y mirando las cosas como deben mirarse, yo digo que Dios, no tan sólo ha criado la tierra y el mar, sino que son obra suya mismamente las tiendas de ultramarinos, el Banco de España, las casas donde vivimos y, pongo por caso, los puestos de verdura... Todo es de Dios».

El diálogo sigue a este tenor, y Nina lo cierra con estas palabras: «¡Bendito sea el Señor que nos da el bien más grande de nuestros cuerpos: el hambre santísima!»

Las cosas todas son criaturas de Dios, son percibidas y sentidas como acabando de salir de su mano; el hombre no es su dueño porque no son producto del humano ingenio, «la moneda, la indecente moneda... también es de Dios, porque Dios hizo el oro y la plata... Los billetes, no sé... pero también, también». Y así, tratándose de cosas de Dios, que ha creado igualmente el «hambre santísima», poco le va ni le viene a la dignidad en pedir, en vivir de la ajena misericordia. Pero la misericordia no puede ser ajena, no puede ser unilateral, porque es el soplo constante de la creación manteniendo el mundo, es la mano omnipotente de quien ha creado las cosas todas «para no dejarlas nunca de su mano». Quien vive de la misericordia, vive en ella, prendido en su órbita, enlazado a las demás criaturas por esta fuerza; quien vive de la misericordia vive del pedir y del dar, y ni lo uno le humilla, ni lo otro le envanece, porque todo, lo que se da y lo que se entrega es de Dios y nada más.

Quien cree esto de las cosas, tiene que tener una idea del saber un tanto dispar de quienes creen en la realidad —es decir, en la independencia de las cosas—, de quienes creen que las cosas *son*. Para estos últimos, el saber es una función de la mente humana que se apoya en la garantía de que las cosas tienen en sí mismas un ser que les pertenece. Las cosas han roto, caso que lo hayan tenido alguna vez, el cordón umbilical con el acto creador. Y si las cosas *son*, son de una cierta manera, tienen una regularidad, unas leyes, y hay cosas que *no pueden ser*, sucesos que no pueden ocurrir... pero, ¿qué no podrá ser y qué no podrá ocurrir para quien hasta la moneda tiene por criatura de Dios, para quien

ve el mundo humedecido aún por el hálito del creador? Pero ella misma nos lo dirá.

Cuando, en las horas más negras de su miseria, el moro Mordejai le habla de los conjuros con que podría entrar inmediatamente en posesión de los más preciosos tesoros, Benigna escucha, a veces con burla, dándose perfecta cuenta de la irrealidad de todo aquello con la clarísima percepción de las cosas que la caracteriza como buena castellana; pero su confianza es tan ilimitada, que todo es posible, es ese «¡quién sabe!» de todo buen español entre escéptico y esperanzado. Porque «lo que contaba Almudena era de lo que *no se sabe*. ¿Y no puede suceder que alguno sepa lo que no sabemos los demás?... ¿Pues cuántas cosas se tuvieron por mentira y luego salieron verdades?...» Porque «hay misterios, secretos que no se entienden, hasta que viene uno y lo dice tal por cual, y lo descubre... ¡Pues qué más, Señor!... Allá estaban las Américas desde que Dios hizo el mundo, y nadie lo sabía... hasta que sale ese Colón, y con no más que poner un huevo en pie, lo descubre todo y dice a los países: «Ahí tenéis la América y los americanos, y la caña de azúcar y el tabaco bendito... ahí tenéis los Estados Unidos, y hombres negros y onzas de diez y siete duros. ¡A ver!» (Págs. 118 y 119.)

Todo puede suceder, porque nadie sabe nada, porque la realidad rebasa siempre lo que sabemos de ella; porque ni las cosas ni nuestro saber acerca de ellas está acabado y concluso, y porque la verdad no es algo que esté ahí, sino al revés: nuestros sueños, nuestras esperanzas pueden crearla. «Hay verdades que han sido primero mentiras».

Verdad y mentira, dependen también de la esperanza, porque dependen de la creación, porque la realidad que hay es solamente parte pequeñísima de la inmensa, inagotable realidad, que Dios puede hacer salir de su mano. Porque lo que ahora hay era nada antes de ser creado, y de la nada de hoy pueden salir nuevos seres. El mundo pende por completo de la voluntad creadora de Dios, mas también de nuestra esperanza, de nuestros anhelos. Y esto es la misericordia, que nosotros con nuestros sueños, con nuestro querer, lleguemos a participar de la creación, podamos también crear.

«Inventa unas cosas que luego salen verdad; las verdades, antes de ser verdades, un suponer, han sido mentiras muy gordas» (pág. 371),

dice Benigna cuando el personaje que tuvo que inventar para engañar misericordiosamente a su señora resulta ser casi verdad. Ante el prodigioso suceso, tiene un momento de estupor, del que inmediatamente se repone con esa consideración, nacida de lo más hondo de sus creencias, de lo que podemos sin duda llamar su «evangelio». Es lo que la diferencia profundamente de su amigo y, al fin, enamorado, el moro Almudena. El intenta llenar el espacio abierto que la esperanza deja en el corazón de Nina, con los ensueños de su imaginación, con los delirios de su oriental fantasía. El es también piadoso, cree y espera, mas no espera con los ojos abiertos, conservando la clara visión de las cosas, sino que necesita embriagarse de esperanzas, emborracharse de poesía. La religión lírica de Mordejai, el cántico de los salmos entre los eriales y vertederos de la Fábrica de Gas, detrás de la estación de las Pulgas, tiene algo de opio. Es olvido más que esperanza, es poética transformación de la realidad, desrealización por una cierta especie de poesía, más que fe. Pero de sus leyendas, de sus conjuros, de sus salmos cantados al son del derrengado guitarrillo, irradia una ingenua fuerza atractiva, una verdad, un algo que, en efecto, llega a hacer olvidar el hambre y la angustia, la amargura, la fealdad; algo que convierte a la pobre, mísera Benigna en la Mujer única, en la Mujer por antonomasia, tras de cuyo rostro velado ha recorrido medio mundo el moro. Es la poesía amiga siempre, primera amiga de la Misericordia.

Es la poesía lo que aporta el oriental Mordejai, y no es extraño, pues eso ha aportado en definitiva la cultura oriental a España. A primera vista parece ser otro el problema, pues lo primero que se ocurre ante la extraña pareja Benigna-Mordejai es que se trata de dos religiones, las dos más importantes y decisivas de las que han intervenido en la formación de la vida del pueblo español. Porque el moro Almudena es «ibrío» y salmodia sus oraciones en el conmovedor castellano sefardita. Y aunque es Benigna, con su evangelio, la que a medida que avanza la historia se convierte en verdadero eje del mundo, en protagonista de la tragedia, en víctima y liberadora que paga por todos y a todos salva, a pesar de ser ella quien *gana,* hace pensar que dos religiones, cuando en verdad son vividas, pueden convivir perfectamente y hasta comprenderse, y que no ha sido tal vez una cuestión nacida de la religión misma

la unidad religiosa, la sangrienta y terrible unidad religiosa de España. Pero por el momento no se puede tratar esto, creo, con ocasión de «Misericordia», porque el moro Mordejai viene a ser la poesía caminando al lado de la vida, la poesía, entonces como siempre, confundiendo su suerte con la del pueblo.

Mordejai vive de sueños. Nina los acepta como parte de las obras divinas. «Los sueños, los sueños, digan lo que quieran —manifestó Nina— son también de Dios; ¿y quién va a saber lo que es verdad y lo que es mentira?» (pág. 201.) Porque la gran fuerza de Nina consiste ante todo en esta facultad de comprensión, de absorción de todo lo que la rodea; también de eliminación de todo aquello que pudiera envenenarla o detenerla. Es la fuerza inagotable de la vida transformándolo todo en vida, llevando el pasado íntegro en estado naciente, como recién inventado; es la tradición verdadera que hace renacer el pasado, encarnarse en el hoy, convertirse en el mañana, pervivir, salvando todos los obstáculos con divina naturalidad.

De ahí que nada, ni las más negras ingratitudes, ni los más hondos desengaños, sea capaz de ensombrecer de rencor el corazón de Nina. Libre como un pájaro, se sobrepone a todo, ella misma define el espacio de su vuelo, va con sus alas adonde está la luz, escapándose siempre de las cárceles del rencor y la amargura:

«Por lo que debemos hacer lo que nos mande la conciencia y dejar que se peleen aquellos por un hueso como los perros; los otros por un juguete como los niños, o estos por mangonear, como los mayores, y no reñir con nadie y tomar lo que Dios nos ponga delante, como los pájaros». (Pág. 360.)

Como los pájaros, vive en la luz y con su esfuerzo sin fatiga crea la libertad. Desasida y apegada a un tiempo a las cosas, libre de la realidad y esclava suya a la vez; invulnerable y al alcance de la mano, dueña de todo y sirvienta de cada uno. Nina, en verdad, es Misericordia.

*

Llegamos al final de la historia. Una mañana que vemos relucir con el espléndido sol madrileño, Juliana, la nuera de la señora, el personaje

más hundido en la mezquindad de todo el mundo de «Misericordia», la práctica y administrativa Juliana, acuciada por la úlcera del remordimiento, se dirige en busca de Benigna; va dispuesta a ganar su perdón, porque ha soñado que sus hijos, sus tristes hijos que en apariencia gozan de buena salud, enferman irremisiblemente, y ha establecido, a través de su remordimiento, una estrecha relación entre la salud de sus hijos y Nina, la pobre, vieja Nina que se ocupa en el ínterin de curarle las pústulas al moro. Es de justicia consignar que Juliana le lleva tres duros... que Nina acepta, pues estas pesetillas le vienen como «caídas del cielo», y al agradecérselo, añade: «y quiera Dios dárselo en salud para sí, y para su marido y los nenes».

No tranquilizada todavía por estas generosas palabras, vuelve Juliana al día siguiente; la traición cometida con Nina ha sido tan grande, tan difícil de perdonar, que ni la propia Juliana puede absolverse de ella, aunque haya encontrado a Nina «en buenas apariencias de salud, y además alegre, sereno el espíritu y bien asentado en el cimiento de la conformidad con su suerte». No puede, no, perdonarse a sí misma todavía. Al fin, ¿qué de extraño tiene que Juliana asocie la salud y hasta la vida de sus hijos a Nina, que es la perenne fuerza del porvenir asentada en el pasado; a Nina, que es la tradición y el mañana, la esperanza... la vida?

Son muy pocas las palabras que se cruzan entre las dos mujeres: entre la mezquina fuerza retrógrada, entre la pobre hermana cainita, y Benigna. Con naturalidad divina se produce la reconciliación:

«—A eso vengo, *seña* Benina, porque desde anoche se me ha metido en la cabeza otra idea: que usted, usted sola, me puede curar».

«—¿Cómo?»

«—Diciéndome que no debo creer que se mueren los niños... mandándome que no lo crea».

«—¿Yo...?»

«—Si usted me lo afirma, lo creeré, y me curaré de esta maldita idea... Porque... lo digo claro... yo he pecado, yo soy mala...»

«—Pues hija, bien fácil es curarte. Yo te digo que tus niños no se mueren, que tus hijos están sanos y robustos».

«—¿Ve usted?... La alegría que me da es señal de que usted sabe lo que dice... Nina, Nina, usted es una santa».

«—Yo no soy santa. Pero tus hijos están buenos y no padecen ningún mal... No llores... y ahora vete a tu casa, y no vuelvas a pecar».

«Tus hijos están sanos... No vuelvas a pecar»... Que sea así.

MARIA ZAMBRANO



RAMÓN DIESTRO

(HUELLAS DE LA GUERRA)

Sube tan lentamente su nivel que apenas lo notamos. Sólo mirando atrás, muy atrás, en la lejanía de un tiempo muy diverso, notamos la marca de la guerra en la vida íntima. Porque es la costumbre algo tan cruel y monstruoso, que llega hasta embotar los bordes mismos de una herida, de la herida sangrante que arrastramos hoy todos los españoles.

En los dos años largos de guerra que llevamos, hemos visto ir borrándose nombres y más nombres, de amigos, conocidos, familiares, de personas, en fin, que eran, que vivían, que formaban un mundo. Un día nos encontramos con alguien de quien la guerra nos había separado algún tiempo. Y ya, casi de un modo inevitable, sabemos que va a repetirse, una vez más, entre la efusión, entre la emoción de volver a verse, ese paréntesis de sombra que como inesperadamente brota del recuerdo: un nombre, un vínculo común, un hombre más ha desaparecido, ha muerto...

La muerte nos invade. Nos envuelve, nos acecha, nos domina.

Ramón Diestro, por aquellos días inolvidables ya, de puro lejanos, de la «Granja el Henar», en Madrid, andaba vestido de negro. Frecuentemente le caía el pelo por la frente y esto junto a su mirada profunda y verdadera, le daba ese aire de contenida tristeza conllevada que tiene todo cuanto hay de noble en el mundo.

Demasiado fuerte para dudar de sí, de su verdad, tenía el don de oír. Escuchaba hondamente cuanto se le comunicaba y no tenía prisa, no era de los que apartaban la gente a codazos porque tiene necesidad de llegar a tiempo ya que de otro modo no llegaría nunca.

Esperaba. Y escuchándose con emoción, oía al hombre, al hombre nuevo que llevaba el mismo consigo.

Un día la traición encendió España. Y todos los hombres limpios de corazón se sintieron misteriosa e inexplicablemente convocados por la muerte. Un pueblo unánime sintió el escalofrío y nadie se ocultó. Cada uno se vió a sí mismo como el obligado a darlo todo en nombre de los demás. Madrid había triunfado.

Pero la muerte andaba, derrotada y perseguida, buscando madrigueras en los montes. Eran los días de la sierra.

En uno de los innumerables camiones se le vió partir. El no dormir en espera de un arma, la fatiga, la emoción de la lucha, le daban un aspecto concentrado y ligeramente pálido. Ramón Diestro salió de los primeros. También fué de los primeros heridos en el frente. La primera vez no pudo ni tomarlo en serio porque su fortaleza física no lo concebía. Un balazo no es nada. Otra vez en la sierra —eran aquellos tiempos del batallón «Octubre»— y otra vez fué su sangre elegida.

La tercera vez, el balazo dejó astillado un hueso en su brazo y, en las condiciones de España, no tenía fácil cura. Alguien por él hizo las gestiones para llevarle a Rusia a reponerse y a comenzar el penoso proceso de su cura.

Allí, en la U. R. S. S., estuvo curándose y más tarde fué Secretario de la Embajada. Cuando el brazo estuvo asegurado, había transcurrido mucho tiempo. Un tiempo terrible y siniestro.

En España, por esa época, cuando llegó Diestro, en realidad de paso hacia su nuevo destino en Wáshington, acababa de derrumbarse el frente del Este. Eran aquellos dramáticos días, amarguísimos, de los nuevos voluntarios para superar la situación.

Ramón Diestro —por entonces aparecieron unos pequeños poemas suyos escritos durante su estancia en la U. R. S. S., en HORA DE ESPAÑA— a pesar de su brazo, no pudo renunciar a oír. Oyó a España. Escuchó la desgarruda apelación y, dejándolo todo, renunciando a su puesto fuera de España, cuando tantos le hubieran deseado, hizo trampa *y consiguió enrolarse de nuevo, no obstante su brazo sin fuerza. Y como Comandante de un Batallón de voluntarios marchó de nuevo al frente.*

Le recuerdo un día que llegó a Barcelona para resolver algún asunto,

todo lleno de barro, con cara de fatiga, pero con ese modo de mirar como sólo se mira ya en España, como sólo nosotros sabemos que se mira en ciertos instantes, y lleno de fervor y de confianza pura.

Poco después actuaba en Balaguer y a todo su batallón le concedían la Medalla del Valor. Ramón Diestro mandaba ya una Brigada. Sus muchachos eran inexpertos pero —decía— «basta hacer un poco el loco» (hacer el loco significaba poner a cada instante su vida al tablero de la muerte) y ya marchan cantando...»

Ramón Diestro ha muerto. Y un destino terrible, de fatal adversidad le ha quitado a él que tanto la merecía, que tanto hizo por conseguirla, la muerte suya, la que le correspondía, la del campo de batalla, si es que un poder oculto había ya decretado su muerte irrevocable.

En guerra, en esta guerra de España, has perdido la vida Ramón Diestro, amigo, camarada entrañable. Tu vida, tu poesía, tu muerte: todo, todo, lo has entregado a España.

Uno más en la guerra, sí. Uno más.

En nuestro corazón, en el pecho de tus amigos, de Lorenzo, de Javier, de Rafael, de Alberto, de Julián, de tantos otros, sólo tu nombre puro, sólo tu pura estirpe, sólo la emoción de tus poemas.

Y nosotros, amigos, camaradas, solamente silencio.

¡Ramón Diestro, poeta español, ha muerto por España!

ARTURO SERRANO PLAJA

LA VIDA SOCAVADA

1.º

EL AUTOR

Era antes de la guerra. Tenía treinta y cuatro años y por ellos había ido viendo deshacerse las ilusiones que le habían henchido. Como a un cuerpo que se le va la sangre, se vació de cuanto era su vida y amodorrado en un ambiente espeso de familia, abandonó a la costumbre el discurrir de sus horas. Se le hicieron domésticas, todas iguales se sucedían en una triste serie de horas equitativamente repartidas para la oficina, el café, el tranvía, el paseo o la fiesta.

A veces volvía a él —lo sentía como una débil corriente—, alguno de sus deseos ya de tiempo gastados. Pero esto, en vez de estimularle en su terrible cansancio, se lo aumentaba, añadiendo amargura a su hastío.

Y no era que hubiese pretendido grandes cosas; ninguna de sus aspiraciones pasó de lo llano y vulgar. Estudió a duras penas, alternando las horas de trabajo con los libros, la carrera de abogado y después se dedicó a preparar unas oposiciones a la judicatura. Ser juez fué durante mucho tiempo su anhelo supremo y la liberación de todos sus quebrantos. Se sabía mucho más capacitado para cumplir aquel destino con holgura que tantos niños ricos, compañeros de universidad, a quienes la influencia todavía más que el poder dedicarse cómodamente a ello, les abría las puertas de lo que para él era paraíso irrealizable.

Rendido de cansancio, después de nueve horas —diez, a veces— de estar sobre los libros de contabilidad, le era imposible prolongar su esfuerzo sobre los otros de sus estudios. Hacía que le preparasen una taza de café bien cargado y después de la cena se encerraba en su

cuarto dispuesto a estudiar hasta la madrugada. Se hizo un plan en el que todo estaba cuidadosamente previsto para dar cima a su proyecto. En un año que tardarían en convocarse oposiciones, con tres horas diarias le era suficiente para repasar el programa y tenerlo a punto llegados los exámenes. .Pero el sueño, un implacable sueño, le vencía. Era angustioso; luchaba desesperadamente, hacía ímprobos esfuerzos por dominarle, pero por tensa que quería poner su atención cada vez eran más profundas sus cabezadas, hasta quedar rendido sobre la mesa

Así una noche y otra, hasta que tuvo que dar por muertos sus proyectos.

Comprendía lo estúpido de su vida si quedaba reducida a lo que entonces era, y por todos los medios trató de alcanzar el único camino por donde podía huirla. Sólo con unos meses, muy pocos meses, que hubiera podido dedicarse por entero a sus estudios hubiera conseguido alguna de las plazas anunciadas, con lo que se libraba de aquel encerradero de las cuentas. Pero la necesidad cada vez más fieramente le atrancaba la puerta.

No podía conseguir de su jefe sino quince días de permiso, y eso suponiendo que anduviese floja la temporada de verano. En cuanto a dejar la oficina, no había que pensarlo. En la casa apenas entraba otro dinero que su sueldo. El padre estaba enfermo, agotado por el continuo padecimiento; eran nueve hermanos y él, Ricardo, el mayor de los nueve. Aunque algo ayudaban los otros, era poco lo que podían hacer porque, con toda la mala fortuna que él había tenido al emplearse, su destino era una canongía comparado con los de sus hermanos. Los pobres muchachos, en ese estrato intermedio entre la clase media y los trabajadores, no podían ocuparse en oficios duros por un no sé qué de tradición familiar que había que mantener a toda costa, ni en los empleos de los de su clase, y se quedaban en esa triste cosa de ser empleados de cuarta o quinta fila, de trabajar por diez o quince duros en faenas inútiles, máscara de esta limosna, inventadas por algún amigo influyente para podérsela dar.

Todo esto junto, ayudándose unas cosas a las otras le condujeron el estado en que se hallaba. No quedaba a su valor otra empresa que la de saber renunciar a sus mejores esperanzas. Y esto lo supo.

AGUA ESTANCADA

Una vez que faltó a su vida el único estímulo que todavía la impulsaba, se hundió rápidamente en el légamo de la familia. Encerrado en aquel ambiente húmedo de ternura, llegó a ser un elemento más de él y tan necesario como las butacas desfondadas de la sala, los viejos retratos amarillentos, el tul pajizo de los estores y visillos.

Envejeció mucho en poco tiempo. Fué como si cogiera una vejez de repente. Se le hizo el vientre colgón sobre las piernas cansadas, se le abolsaron los ojos y la boca le tomó un gesto agrio de tragadero de bicarbonato. Su carácter sufrió una transformación parecida. Huraño y siempre con ese aire entre preocupado y colérico del que por unos céntimos no le cuadran las cuentas, hablaba poco y solo en la mesa: o durante la comida para quejarse de ella, o después, con el café, para comentar las noticias de los periódicos. Todo le parecía mal en la política y tenía para sus hombres los calificativos más groseros. Se había ido acostumbrando a meter entre sus palabras usuales toda clase de frases de mal gusto, palabrotas y chistes obscenos que jamás hubiera dejado escapar ante los suyos hasta entonces. Lo hacía además con una descarada naturalidad y con ostentación incluso. Le ocurría como a esos chicos que después de fumar meses y meses a escondidas de sus padres un día se destapan y ni les basta meterles el humo por las barbas con la petulancia que les da su recién adquirido certificado de hombría.

Al tiempo que cuajaba su rápida decrepitud exterior por dentro todo él se fué amustiando. Se hizo opaco como lámina de un espejo gastado que apenas ya trasluce la luz que le penetra. Solo, en contra a lo que parecía por su gesto, cada vez era más permeable a la ternura, a una ternura densa que le rezumaba por los ojos en la languidez y blandura de su mirada.

Había caído en el remanso casero, en su tibia quietud, agua mansa, detenida de siglos, espesa de estancamiento. Y este agua le socavaba, corroía sus raíces más firmes. Se sentía ir pudriendo lentamente en lo más íntimo y de ello le nacía un carino pegajoso a las cosas. Con lo que cayó en manías de pequeño coleccionista de ñoñadas de toda clase. Dió en apasionado clasificador de sellos, sustancias minerales, boquillas de fu-

mar y mil otras cosas parecidas a estas. Sólo alternaba con tan importantes ocupaciones en el ocio de su trabajo, el gusto que había tomado a destilar palabra por palabra lo vencido de sus sentimientos. Componía largos relatos è historias en los que reflejaba sus recuerdos y también simples notas sin pies ni cabeza. Era como si se quitase algo de encima que le estorbara. Así se iba arrancando la costra de su tristeza.

Cuando vino la guerra barrió con todo lo que le rodeaba y al hundir las cuatro paredes en que estaba aprisonado —tan terrible cárcel—, abatió su destino. Se quedó perdido en su nueva, incomprensible libertad. La muerte de aquello, era la suya porque ya él no valía sino como su parte. Se acogió a la mudanza con alegría aunque significaba su suicidio y quizá por esto mismo. Al fin se suicidaba, que era tanto como llegar al término previsto de su camino.

Solo, tenaces, más fuertes que la sangre desatada, que la cal vuelta en ruinas, quedaron sus palabras. El mismo puso el título, «La vida socavada», y eligió parte de las historias que había escrito, relegando las otras para el fuego.

2.º

PASA EL TIEMPO

y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.
Quevedo.

La casa está cargada de presentimientos. Sobre ella se extiende el anuncio de la muerte.

No sé si a mis padres o a mis hermanos les llega con la misma certeza esta sensación, que para mí tendría ya mucho de agobiadora si es que no fuera la de un anegarse en calma. Porque lo que con tal fuerza siento es todo lo contrario de una zozobra, sin embargo de ser tan acongojante. ¿Acaso hay algo que lo pueda ser más que percibir como

avanza despaciosa por el largo pasillo, como va extendiéndose en anchos remansos por las habitaciones la presencia de la muerte? Impregna ya de sus duros fríos cuanto en ellas está quieto y mudo. Se apodera del gesto de los muebles, escarcha el cristal de los espejos, teje su tela de araña en las agujas de bronce del reloj grande.

Sí, esta congoja que sufro nada tiene que ver, es todo lo contrario de esa desazonada inquietud que se siente cuando ha de ocurir algo violento. Lo que viene por nosotros, el tajo que ha de cercenar esta vida nuestra que discurría tan igual y continua, es una amenaza de desoladora quietud. Mi impaciencia ante su cercanía —hora tras hora noto como se acorta entre ella y yo la distancia—, es bien distinta de toda impaciencia, os lo aseguro.

Se me agarrotan los músculos hasta dolerme, se me estiran y endurecen tanto como si les fuera llegado el instante de ensayar su postrera rigidez. Me han perdido su gusto las cosas, que ahora se me hacen todas tan extrañas. Ni quiero hacer nada. Y en cuanto a pensar, sólo me gusta perderme detrás de los pensamientos, vagar en el vacío de sus sombras.

Sé que todo ha de llegar y nada he de hacer por impedirlo. Ni aún cerraré mis ojos por no verlo acercarse. No hallo en mí gesto alguno de desesperación y, si soy sincero, he de afirmar que apenas siento necesidad de ellos. Es increíble. Me van a arrancar lo más vivo de mí y ni siquiera he de agitarme al dolor de la herida. A veces pienso si no será esto más que herirme, amputarme; que me van a quitar ese pedazo de mi carne que ya no palpitaba y sólo he de sentir el frío del ambiente —¡tan helado!—, que me ciña más prieto por esa parte.



Ahora que todo esto que parecía inmutable está a punto de deshacerse, veo con más cariño a cuantos lazos lo sostenían. ¡Qué vida tan vida la nuestra! ¡Qué unidas las de cada uno de nosotros, que compenetradas hasta formar la casa! A veces pienso que cuando el yugo se desate y quedemos todos desprendidos del mazo que formábamos, ya apenas seremos nada. No comprendo como hemos de hacer para esto, para exis-

tir desprendidos unos de otros, sobre todo sin que ya seamos lo único que éramos de verdad, parte de esta casa.

Yo, que estoy ya medio perdido, casi arrancado de ella por los presentimientos, no puedo asistir sin que me traspase la tristeza a las veladas en torno a la mesa después de levantados los manteles de la cena. No, no puedo mirar a mis hermanos sin que me embargue una pena infinita. Ni siquiera puedo desviar de ellos mis ojos y hundir mis miradas en las blandas sombras en que están sumidos los muebles a nuestra espalda. ¿Adónde irán a parar, sin papel alguno ya en el mundo, los sólidos, roblizos muebles que caldean la estancia? Refugiados por sotabancos, desperdigados quizá en estancias extrañas perderán su gesto de por siempre, tan suyo.

Todo se violenta por cumplir hasta el último instante y a punto de la partida finge que nada sabe de la proximidad de ésta, que dudan que haya día que la dé cobijo. Y ese día ya existe.

Miro a mi vieja criada como se esfuerza por llenar sus deberes. Madruga como antes madrugaba. Nunca le han cogido sin estar en pie las seis de la mañana y ni uno solo de sus quehaceres deja mal atendido. Friega dos veces por semana las anchas baldosas del corredor. No consiente que se la preste ayuda y ella sola, como si todavía se bastara, lava toda la ropa y la plancha entre lunes y martes como era de costumbre. Atiende a todo y todo logra tener a punto. No se da paz. Pero todo lo realiza en un esfuerzo supremo que pone buen cuidado en encubrir y, al hacerlo, nos es fiel una vez más en el disimulo que logra de su decrepitud.

La cabeza se le hunde de sueño en cuanto atardece y se pegan de sombras los cristales; sus manos palmotean torpes en el agua —tiene los dedos extraordinariamente hinchados, llenos de grietas—, sin encontrar su objeto cuando friega. Se han hecho pausados sus movimientos. Se advierte en ella como tira de sí en un esfuerzo desesperado por seguir. Que es también porque todo siga. A veces me parece que ella también temiera tanto como yo temo al horrible hueco que ha de dejar tras sí y lucha por no tener que verlo nunca como empieza en su derredor a ensancharse.

Yo si he de verlo, y hasta el fondo de su lúgubre vacío. Porque yo he de continuar, no sé si a pesar mío. ¡La vida es tan fuerte!

Su tensión es para mi vieja criada la última lumbre que calienta este montón de polvo que es ya. Tiemblo al verla venir por el pasillo como si de un momento a otro fuera a desmoronarse. Porque se siente que cualquier brizna de aire aventaría esta estatua de ceniza.

¡Y mis padres con su resignación, con sus ojos que ya tienen contadas las miradas! Al tenderlas hacia las cosas, como si conocieran su limitado número, parecen repasar el de las que aún les quedan.

*

Sí, la vida es fuerte. Mi madre me ha contado de su sorpresa cuando se veía sobrevivir a aquello que no debería sobrevivirse. Sin embargo, me decía, cuando yo no había pasado las grandes penas —nos hablaba de un período de penas pequeñas todas seguidas, luego de otro de penas grandes—, era como un árbol frondoso, lleno de ramas. Poco a poco me las han ido podando todas. No soy ya más que el tronco.

Igual hemos de ser nosotros, pienso, según se nos ciñe la muerte y anega la casa. La rueda, no obstante, mientras gira se cree todo el carro.

LOS FIELES DIFUNTOS

Abrumada por el peso de sus setenta y cinco años, hacía ya dos o tres por lo menos que no subía al cementerio ni siquiera en el día de difuntos. Mi buena tía-abuela apenas si se separaba de aquella butaca tan vieja como ella en que pasaba los días y una gran parte de las noches, pues no podía resistir el lecho; en él se ahogaba.

Aunque era muy piadosa, en ninguno de sus deberes religiosos puso nunca tanto celo como en «cumplir con los muertos». Puede decirse que lo hacía hasta con gusto. Jamás se la hallaba tan animosa como en aquellos días, ya lejanos entonces, en que aún le era permitido realizar sus frecuentes visitas al cementerio. Su actividad habitual, —había sido muy inquieta siempre y, a pesar de los años, todavía lo era—, se acrecentaba, sobremanera en tales casos. No cesaba de dar disposiciones, de arreglarlo todo. Ya que cuando salía para el cementerio gustaba dejar antes

la casa muy puesta en orden, «como si no hubiera de volver», afirmaba. Por cierto que esto no dejaba de causarnos una impresión penosa, más todavía porque ella, que lo advertía, se chanceaba de nosotros con las más crueles burlas, que no puede decirse que fueran siempre de muy buen gusto.

Se había familiarizado en tal manera con la muerte que para ella no era ni mucho menos lo que es para cualquiera de los demás mortales. En mis largas estancias en el pueblo he podido ver con frecuencia a los chiquillos jugar entre las tumbas; les he visto hacer de ellas mismas objeto de sus juegos. Pues bien, si fuera posible imaginar una anciana marchando por el camposanto con una despreocupación idéntica y tan bulliciosa como la de estos niños, ésta sería mi tía Jacinta

Muchos eran los achaques que la edad había amontonado sobre ella, mas ninguno sentía tanto como aquel mal que le atenazaba las piernas y la hacía quedarse allí, tan abandonada, ese día en que todos dejaban sus casa para rendir visita a los difuntos.

No podía acostumbrarse a prescindir de este gran consuelo que era para ella reunirse con los suyos, siquiera la tierra estuviese de por medio. ¡Si al menos se le pudiera devolver de todo el año este solo día!

Pero había logrado resignarse y veía partir a los demás en día tan señalado sin apesadumbrarse con exceso.

Se quedaba sola en la gran casona vacía. El rumoreo de sus rezos se extendía en la habitación potente y continuo como el de esas corrientes de agua oculta cuyo son nos llega a los oídos sin saber de donde. Tal vez a ella misma le produjese también esta impresión. En ocasiones parecidas, cuando se quedaba sola en su cuarto y se ponía a rezar he podido observarla y advertir como a veces se volvía brusca a cualquiera de los ángulos de la habitación como si alguien la hablara, o mirar al aire con extrañeza. Se la veía buscar con la mirada, como olvidada de su origen, de donde procedía el murmullo de sus oraciones.

*

Recuerdo con extraña precisión aquel primero de noviembre.

Habíamos estado en su casa sus nietos, sus sobrinos, sus hijos. Entre todos éramos muchos los que nos juntábamos.

Ni por un instante dejó de repetirnos a unos y otros una serie interminable de recomendaciones antes de la partida.

—Ponerle unas flores a Timote.

—Por Dios, no os olvideis de Juanillo, el de la Bernardo, que está allí al lado de la hermana Facunda.

—Cuando vayáis adonde Lorenzo, rezar también un poco por el tío Quico. el suegro de la Petra. Aunque no sea de la familia, hay que rezarle.

A otros no los nombraba por el mote. O rememoraba algún rasgo de su físico que los caracterizase mucho. Nos hablaba de ellos como si los acabara de dejar de ver hacía un instante. Recordaba con una exactitud sorprendente el menor de sus rasgos, el más insignificante detalle de sus vestidos. o hacía burlas imitando sus gestos con las manos. No sentía por ellos más respeto que el que pudiera sentir por cualquiera de nuestros vecinos.

Hubiera preferido no abandonarla, quedar con ella en tanto los demás estaban en el cementerio. Estoy cierto de que este era mi deseo. Pero no me lo consintió en manera alguna y tuve que seguirles. Decía que no necesitaba que se la cuidase y que no consentía que nadie pudiera faltar voluntariamente —¡y mucho menos con su conformidad!— de donde había que estar aquella tarde: con los muertos.

El caso es que a mí me aterraba dejarla sumida en tan profunda soledad. ¡Cómo palpitaría en el vasto aire de aquella sala cerrada el doblar de las campanas anchuroso! Todo se entenebrecería a su contacto como si gruesos cortinones lo recubrieran.

*

Quedaban en los montes retazos de aquel sol compacto, untuoso de atardecer de otoño.

Con las primeras sombras volvimos a la casa. Parecía como si nos mirase desde muy lejos. Era muy otra la sonrisa con que nos acogía de la que fué la suya.

No me explico aún por qué comprendí tan rápidamente que se había pasado del lado de sus muertos y que estando con ellos nos miraba desde esa otra prolongada vida con la infinita compasión que merecía nuestro vivir efímero.

UN NIÑO SILENCIOSO

Tengo que confesar que apenas había reparado en él hasta aquel día en que se separaba de nosotros para ir al internado. Durante algún tiempo achaqué este desvío absoluto de mi atención hacia él a que como éramos nueve hermanos y yo el mayor de todos casi no pude nunca tener contacto con Luisillo, tan chiquitín aún entonces. Lo que justificaba el que desde mis dieciseite años tuve que colocarme y ayudar a mi padre a sostener la casa. Sabido es que en una familia numerosa y no sobrada de medios, como era la nuestra, el hermano mayor ha de ser una especie de segundo padre en más de un aspecto y tenía que atender tal número de ocupaciones fuera de casa que apenas si me importaba lo que pasara dentro

Pero no; no era cierto que esto solo, ni siquiera en parte, fuera la causa de que para mí pasase tan desapercibido. Después he podido comprenderlo. Recuerdo —y ahora doy aquí fe de mi arrepentimiento—, con cuanta facilidad le hemos atribuído todas nuestras contrariedades y un buen número de nuestros errores al crecido número de hermanos que hemos sido. Sé perfectamente que por entonces cualquiera de los otros chicos de la casa poco tenía para mí que descubrir, y, hasta podría enumerar punto por punto de qué pie cojeaba cada uno de ellos.

Era delgaducho. Tenía unos ojos grandísimos de un color grisáceo, inexpresivos. La verdad es que por su palabra no lo era mucho más, y que si se ha afirmado que cuando callan los labios hablan los ojos, ni estos a los labios, ni los labios a estos prestaban auxilio alguno para expresar lo que de por sí no podían.

Me costaría trabajo recordar el timbre de su voz. No estoy seguro ni aún siquiera de haberlo oído nunca. Parecía como si hubiera aceptado de buena gana que fuesen los demás quienes gritasen y él hubiera de estar callado por no robarle espacio a sus gritos. Porque mis otros hermanos ya lo creo que gritaban, ¡y cuánto!

Debía hacerse a todo con facilidad. Participar todo su ser del mismo apagamiento de sus ojos. A pesar de que era tan brusco el giro que imprimíamos aquel día a su vida no se le oyó ni una sola queja, ni la menor protesta.

Fué tanta la curiosidad que despertó en mí aquel día de su partida, en el que como digo en cierto modo hacía su descubrimiento, que durante su ausencia, en los cuatro meses que vivió en el internado, me dediqué a husmear entre sus cosas, en sus juguetes y en sus libros.

Los tenía cuidadosamente recogidos en un rincón, aparte de lo que era de los demás niños. Todo guardado en cajitas de hojalata o en otras grandes de cartón. de esas en que vienen los zapatos, parecía puesto en orden definitivamente. Se me ocurrió que aquello era como la concha de un caracol a la que se hubiese arrancado el animalejo que vivía dentro. Tal era la impresión de vacío que él había dejado entre sus cosas. Vacío que había de quedar ya para siempre.

*

Empiezo a pensar, hoy que ha pasado tanto tiempo desde entonces, hoy que hasta su tenue sombra amenaza desvairse, si aquel niño no sabría la proximidad de su muerte, a la que esperaba con tan profunda y altiva serenidad. ¡Quién sabe de qué temple era su alma! De lo que sí estoy seguro es de que su afán de silencio, de no hacerse sentir le era dictado por una especie de piedad de nosotros a los que quiso ahorrar el dolor de su partida. Sabía como nadie que urgía aprovechar cada instante en deslizarse hacia ella y lo hizo de manera tan suave que nos fuese casi inadvertida. Nadie podría decir en qué instante comenzó a morirse, ni en qué instante murió, si es que del todo ha muerto.

Las cosas empiezan sólo a cobrar su gravedad cuando el tiempo las da su perspectiva. Aquel día en que se separaba de nosotros halló sus hondas resonancias en mi recuerdo, en el que todavía fuertemente se agitan.

LA OFRENDA RELEGADA

Era casi un niño cuando empecé a sentirlo. Apenas pasaría de los doce años. Notaba entonces como la casa toda se henchía de su zumbido apagado, blando y tan igual y constante como el manar del agua en la fuente del patio.

A veces, en las horas de mayor ajetreo, se hacía casi imperceptible; así, cuando levantada la mesa, las muchachas llenaban la casa entera del ruido de los cacharros en el fregadero y de sus risas. En otras ocasiones, se ensanchaba su latido, parecía más espaciado y hondo y batir el aire con golpes recios. ¡Cuántas veces, todo sumido en silencio, acodado sobre mi pupitre de colegial lo he sentido fluir! Pero siempre, siempre este sordo rumor estaba allí, llenándolo todo. Temblaba en el aire de mi alcoba cuando a ella subía por la noche; se percibía en el orden que reinaba entre mis libros cuando sobre ellos me inclinaba a la mañana; brillaba entre los reflejos de los vasos en las anaquelerías del comedor o en los peroles, colgados uno tras otro, en la cocina.

Conforme iba creciendo era más hondo el eco que este rumor encontraba en mi pecho. Vibraba con más largas resonancias. Y yo te veía, madre, encorvada en tu silla, doblándote a tierra por el peso de los años, y me hubiera echado a tus pies o refugiado en tu seno para que me llamaras tu cordero como si aún fuera un niño pequeño. Quería decirte que lo sabía todo, que sentía el manar de aquella corriente que así me anegaba. Devolverte en palabras el reflejo de lo que en mí tu hacías carne de mi alma. Se agolpaban en mi dura garganta de muchacho las palabras y la henchían hasta casi hacerla estallar. Las sentía, violentas apretarse contra mis labios, o borbollar aprisionadas entre las rejas de mis costillas en la caldera de mi pecho, y apenas podía contenerlas. ¡Qué haya podido acallar dentro de mí tanto tiempo este torrente de ternura!

Sin embargo ahora comprendo que hice bien al hacerlo así. No, yo no podía arrancar este sentimiento del silencio en que tiene que vivir.

Hubo un tiempo en el que el haber callado mi reconocimiento hacia ti, el ocultarte el caudal de ternura que llenaba mi pecho, me remordía. Pensaba entonces que tú, madre, te hubieras sentido confortada de tantas amarguras al contemplar que no había sido ingrata la cosecha de cuanto en mí sembraste. Mas, ¡qué afán mezqnino de devolver lo que ha de ser guardado!

No lo arrancaré, no temas que nunca lo arranque de allí donde tú lo pusiste, donde habrá de quedar para siempre. Que sigan pasando los años bajo el peso de esta ofrenda incumplida.

*

Como hay días en que el cielo es más transparente y en una luz tranquila se sumergen las cosas, hay días en que mi espíritu se llena de claridad hasta lo profundo. Veo en el diáfano remanso toda mi vida suspendida y empiezo a comprender tanto como de mí hasta entonces se me ocultaba, y de la selva de mis sentimientos brotan dardos de fuego a herir mis ojos.

Es en estos días cuando una angustia que soterrada siempre llevo conmigo, se acrece y quiere brotar en lamentos de mis labios. Se me dibuja entonces mi espantosa pobreza en todos sus contornos, la larga serie de mis renunciamientos, que es todo lo que en verdad puedo ofrendarte.

VICENTE SALAS VIU

SALUTACIÓN AL EJÉRCITO CHINO

En la región del mundo donde ríos amarillos
igual que inacabables serpientes silenciosas
arrastran hasta el mar siglos de lentas sombras
y venenosos pájaros de aletargante canto,
donde contra el espejo remoto de los siglos
se levantan los templos de fervor milenario
como un chorro espeso de oscuro fanatismo,
allí donde murallas tercamente sumisas
a su misión de siglos
oprimen y defienden a un pueblo de millones,
la guerra desbocó sus caballos de fuego
sobre los lagos de dolencias, sobre los pestilentes pantanos
multiplicados encarnizadamente por el invasor
y donde un niño chino agonizaba sin interrupción año tras año.

En aquel viejo y triste país abandonado del mundo,
abandonado de la fe, donde las propias flores
no son sino corazones enfermos que tienden sus tristezas
al joven caminante que cruza acrgado de las suyas,
de pronto una tormenta, de pronto hoy, ahora,
un nuevo viento hace perder su vuelo a las águilas imperiales,
un río gigantesco se desborda de furiosa corriente
e incendia con sus llamas las vastas regiones del hambre,
los pantanosos campos donde crecían la superstición y el miedo,
derrumbando tinieblas, poblando con campanas
el silencio.

A su paso, los hijos de China
añaden sus brazos erizados como fusiles.
Es el Ejército Rojo de China sobre la agria meseta.
hollando con sus pasos el camino de los dioses,
el Ejército Rojo salido de los pobres poblados de paja, hambre y hierro,
que se iluminan con antorchas y sueños sacudidos para siempre.

Es el Ejército chino salido de las casas lacustres,
salido del cinturón de murallas que al cabo de mil siglos
mueven, alzan, extienden sus músculos potentes.
Nuevas vidas, nuevas luchas, ahora nuevos caminos
hacia la Libertad cuya voz se oyó una noche
entre el temporal celeste y la marea marina,
entre el incienso angustioso de las capillas para los sacrificios.
De un extremo a otro, por las líneas de los ferrocarriles
vertiginosos trenes de ira incontenible
llevan una roja bandera que corta como un caballo la resitsencia de los
[vientos.

Es inútil que el odio levante sus barreras de cieno,
que haga saltar a los caminos sus destacamentos de bandidos,
que oponga a la frontera del pueblo una frontera de gases;
en la noche de las estaciones, en las calles de las viejas ciudades,
crece el incendio, un himno hirviente
atraviesa las provincias invadidas por las hordas,
emerge en medio de los mares,
azota y se multiplica en los bosques
cruzando los aires con su rojas llamas inhabitables.
El Ejército Rojo de la China lejana y hermana,
en pie, seguro, arma del pueblo,
entrega a la noche un pasado de lenta agonía
y marcha hacia las nuevas colinas, hacia el día
que dejará caer su luz sobre multitudes y cantos.

ANTONIO APARICIO

Madrid, mayo de 1938.



LA OBRA DE JOAQUÍN RUYRA

Conferencia dada con motivo de su 80 cumpleaños, en el «Casal de la Cultura», de Barcelona

Señoras, señores:

Jamás recibiré encargo más agradable, ni que más me honre, que el de rendir homenaje, en nombre de la «Institució de les Lletres Catalanes», al venerable maestro Joaquín Ruyra con motivo de cumplir este año los ochenta.

La obra narrativa de Joaquín Ruyra es verdaderamente popular en Cataluña. He de dirigirme, pues, a un público que la conoce y la estima. La estimó ya, acabado de salir a luz su primer libro: *Marines i boscatges*. Habría que recordar ligeramente la crítica de años atrás. Soler y Miquel, con su aguda sensibilidad artística, señalaba en el volumen de los Juegos de Barcelona, del año 1895, los dos cuadritos de Ruyra: *Mar de llamp* y *Les senyoretes de Mar,* «Encuentro (en el libro), dice, dos cuadritos que me llaman la atención sobremanera. Son dos marinas. Literatura de la buena, de la que pudiéramos decir iniciadora». Después, en los Juegos

de Barcelona de 1902, era premiada *Jacobé*. El joven Pijoán decía con entusiasmo: «Los Juegos Florales de este año serán por siempre jamás los de *Jacobé*». Y Juan Maragall escribía: «Joaquín Ruyra es uno de los más grandes de la poesía catalana: su prosa es de poeta cuando viste con ella la intensidad de un sentimiento de la vida. La novela *Jacobé* es toda una novela ejemplar. Dentro de sus reducidas dimensiones hay todo el dolor y toda la piedad del mundo, comunicados en lenguaje vivo, sincero, evocador de paisajes con alma, de figuras humanas palpitantes, bajo el peso trágico de la fatalidad, piadosamente redimida al final por un hondo presentimiento de la presencia de Dios en todas las cosas». Y José Carner, que por entonces era el jovencísimo renovador de la lírica catalana, pregonaba también el magisterio de Joaquín Ruyra. «¡La de elogios que oí! —dice éste—; ¡la de enhorabuenas que recibí!» La colección de *Marines i boscatges,* publicada en 1903, no era un libro de mocedad que prometiese frutos en esperanza. Era un libro de plenitud, el libro de un artista consumado; su autor tenía cumplidos los cuarenta y cinco años. Y había pasado ya las dudas, vacilaciones y probaturas del artista aprendiz; las había pasado, y había sacado de ellas una plena conciencia de su arte, y podía infiltrar ya en este su concepción de la vida, tan ampliamente meditada como imbuída de experiencia. Cayó sobre él la enfermedad, la pérdida de la salud, y hasta 1919 no nos dió una segunda colección de cuentos y novelitas. Apareció *La Parada,* compilación admirable como la de *Marines i boscatges*. Entre medias de ambas hubo cambios de moda y de tendencias literarias. Pero las visiones y cuentos de Ruyra habían conservado todo el frescor y la gracia del primer día. «En medio de mi pena —dice él mismo—, he gozado de un privilegio concedido seguramente a pocos hombres: porque, habiendo pasado como quien dice muerto un montón de años, he tenido el gozo de ver que iba sobreviviéndome mi obra, que, con todo y sus excesos de lenguaje y exigüidad de sus dimensiones, no sólo no desdecía, sino que se afirmaba con el embate destructor del tiempo y de la mudanza de los gustos». Pero el público no seguía sus elucubraciones estéticas, expresadas en algunos parlamentos y prólogos; en el discurso presidencial de los Juegos de Moiá de 1904, en el de Olot de 1914, en el prólogo al poema *El país del pler,* publicado en 1906; temas que des-

pués se ha complacido en tratar de nuevo en su memoria titulada *Educació de la inventiva,* en 1923, y en las conferencias tituladas *Art i moral,* leídas en 1928 en la *Biblioteca Balmes.*

Desde sus primeras indagaciones de estética, vemos ya lo que va repitiéndose hasta las últimas. «Si no sé definir qué es la belleza —dice—, he observado, en cambio, que es algo que radica en todo aquello que se nos da en contemplación pura, y que fuera de esa contemplación no la encontramos». Y así puede concluir: «Primero, que aquello que perfeccione la contemplación será favorable a la belleza; y segundo, que todo aquello que la perturbe le será contrario». Hemos de decir que, a las veces, sus análisis son verdaderamente sutiles y dificultosos de seguir. El público no los seguía. En cambio, seguía deleitándose en su prosa narrativa, desde aquellas notas descriptivas casi líricas, como *La Fineta,* hasta las más fantaseadoras, como *Fi del món a Girona* o *Les coses benignes.*

Cuando componía *Marines i boscatges,* dominaba en el ambiente el naturalismo francés, e incluso empezaba ya a desviarse de él la juventud literaria. También Ruyra se salía de ese naturalismo, y por ello obtenía la aprobación de la nueva escuela, todavía innominada, que a veces se decía modernista, a veces decadentista, y que construían en Cataluña el malogrado Soler y Miquel, su amigo Maragall, Claudio Planes y Font, el grupo de *L'Avenç,* el cenáculo de Santiago Rusiñol, y los críticos Ixart y Juan Sardá.

Procedían también algunos de ellos del naturalismo. «Después de la gran orgía sentimentalista de los románticos, llena de exageración y de falsedades —dice Ruyra—, un grito de vuelta a la observación de la naturaleza tenía que ser simpático a todos los artistas que se hubiesen percatado y hastiado de aquellos extravíos. ¿Cómo no sentir, por ejemplo, verdadera necesidad de huir de las hinchazones, efectismos y monstruosidades de Víctor Hugo, el coloso más representativo de todas las taras románticas? Evidentemente, había que volver al estudio de la realidad; y si esto se hubiera hecho con espíritu moderno y con aquel sano sentido que guiaba en esta práctica a los buenos escritores helénicos, el arte habría avanzado un paso en firme». Así, le parece perfectamente explicable que el naturalismo hiciese prosélitos. Y le dejó bien arraigado el

principio de que *hacía falta* el estudio directo de la naturaleza, con algunos métodos de trabajo que vemos seguidos por Daudet. Fuera de eso, se aleja cada vez más del naturalismo. «Muchas veces —dice Ruyra—, durante mi carrera literaria, cuando he sospechado que me desequilibraba por una prodigalidad excesiva de mi imaginación, he buscado un contrapeso que me devolviese al mundo real y a sus amores, releyendo alguna de las obras de Emilio Zola que más me habían impresionado; pero rápidamente han ido perdiendo para mí su novedad y su saludable virtud, y yo, que siempre he leído con gozo y releído cien veces a Homero, a Shakespeare, a Cervantes, a Dickens, a Walter Scott y a Manzoni, no puedo soportar ahora una sola página de Zola».

Sus obras no sólo las acogía bien la selección literaria, sino el gran público. Este leía entonces con delicia las novelas y cuadros de Pereda. Y las de Ruyra tenían alguna semejanza con ellas. Los que gozaban con la descripción de aquella galerna de *Sotileza,* habían de gozarse también en la tempestad, prodigiosamente descrita, de *El Rem de trentaquatre,* y los que saboreaban las *Escenas montañesas, Tipos y Paisajes* y *Esbozos y Rasguños,* habían de saborear con delicia *Marines i boscatges.* Hoy la crítica castellana es injusta con José María de Pereda. «Hoy, dice Angel Valbuena, una crítica negativa o un simple desdén olvidan exsesivamente un valor profundo de un momento literario». Ruyra, a más del talento descriptivo, tiene en grado eminente el de penetrar en aquellas regiones del espíritu sumergidas casi en el misterio. Un psicólogo encontraría en ello materia de estudio. Tiene Ruyra una clarividencia que le convierte en realistas situaciones y escenas que parecerían de mera fantasía. Por esta parte emparentaría con Erckman-Chatrian, al que tradujo en el libro que tituló *Rondalles de poble.* Donde más se acerca a él es en *El malcontent.* Si en este cuento trabaja sobre una fantasía, en *Avís misteriós, La basarda* y *L'últim vals* trabaja sobre las realidades psicológicas más profundas. Así, su obra va de las regiones sombrías y exaltadas a las claridades y placideces del país que la vinculan, a las mejores páginas de *Graziella* de Lamartine. Este profundo conocimiento del espíritu explica que pueda infiltrar en las narraciones reflexiones morales con el mismo sentido de realidad y de vida, sin que resulten en modo alguno ociosas. Venancio Tadesco, el excelente traductor de *La*

Parada, dice de Ruyra que la intención moral parece que forme parte de su temperamento artístico. En efecto. Siempre hay en su obra un designio moral explícito, y el pensamiento del autor está dicho con claridad y franqueza, no se adivina a través de alegorías. El autor echa su cuarto a espadas, interviene, intercala comentarios donde le parece que pueden ahondar más en el alma del lector. Pero su designio no se sobrepone a la pura visión estética, no es externo a ella, y, por tanto, no perjudica a la obra artística. No negaremos que, en algunos autores, un propósito moral hace, aparentemente, desmerecer sus obras. Nos imaginamos éstas, a veces, sin aquel aleccionamiento postizo, y nos parece que quedarían con más frescor y pureza, que la lección lo que hace es acabar de enturbiarlas. ¿Es realmente así? Permitidme que lo dude. Explícito o no, las obras artísticas más profundas llevan un concepto de la vida anejo a una moral. Un fondo verdaderamente humano, ¿sería concebible sin una ética? No. Las acciones humanas se mueven todas entre los juicios de la ética, que las estudia. Por eso algunos han querido deducir de la sola contemplación y análisis de un personaje una actitud en la vida. Prueba a hacerlo Barrés, Eugenio d'Ors, imitador suyo, en *La Ben Plantada,* a las veces *Azorín* y Miguel de Unamuno. Cuando la moral resulta ociosa y estorba en una obra artística, es que es una moral tergiversada, endeble en sus principios, y por eso son molestas sus leccioncillas. En arte, todo el mundo acostumbra a mostrarse riguroso en todos los aspectos, y la buena crítica tiene que acentuarlo todavía más. Si nos parece perdonable una visión inconexa, desvaída, deslucida, nos parece también, con la misma razón, inoportuna la leccioncilla trivial que en ella se encaja. La trivialidad moral y la endeblez de la visión estética se confunden casi siempre en una sola cosa. Menester es que me explique, porque en la obra de Ruyra este aspecto es de mucha importancia.

Encontramos en la ética una gradación de principios que va de los que manan inmediatamente de la naturaleza, principios básicos, a los que se derivan de esa naturaleza y se alejan cada vez más de ella y se vuelven cada vez más discutibles; hasta aquellos que ya no son principios sino normas de mera convención. Por ejemplo: el amor al prójimo es un principio básico; ciertas fórmulas de salutación y de cortesía son convencionales. Es básico que un automóvil no descalabre a un ciuda-

dano, y es convencional que los automóviles hayan de ir por la mano derecha en una calle. Bien se ve que si los principios son necesarios, las convenciones que han de servir a esos principios son indispensables. Pero la buena ética no ha de confundir unos y otras; y si tiene a los primeros por invariables, mientras no varíe la naturaleza humana, tiene, en cambio, a las últimas por variables según las diversas épocas y países. En los primeros radica la eterna moral humana. En las segundas vemos solamente maneras y costumbres sustituíbles. Tomar como esencial esta parte mudable y frágil, y a menudo corregible, es una confusión intelectiva, es no entender nada de ética. Déjeseme poner un par de casos, notables en nuestra crítica literaria. Un crítico eminente como Manuel Milá y Fontanals, al ocuparse de un poema católico como *Mireya,* hacía sus reservas de orden moral. Le vemos lleno de timideces que denuncian una incompetencia. Vemos que apenas entendía palabra de ética. Y así, no nos extraña que otra vez, tomando el accidente por la esencia, en unos artículos sobre Cataluña, creyese que ésta se perdía, al ver que se perdía algún pintoresco uso de antaño, perfectamente sustituíble en la vida del país. Citaré el caso de otro crítico eminente: José María Quadrado: era un entusiasta de Manzoni y de su novela *I promessi sposi;* pero tildaba de excesivamente atrevido el episodio de la monja de Monza; no se percataba de que es un episodio delicadamente católico en que el autor denuncia un abuso de la autoridad paterna. Sería equivocado creer que los escrúpulos de estos escritores eminentes provienen de un exceso de moral, y no que provienen simplemente de no entender de moral. Y hace sonreír ver que Quadrado le enmienda la plana a Manzoni, autor de las *Osservazioni sulla morale cattolica.* El costumbrismo, a veces, bordeaba un peligro de esta especie. Hemos de describir, venía a decir alguna vez, las costumbres de antaño, que son las buenas, y debemos tener por perniciosas aquellas costumbres y maneras que van sustituyéndolas. Ruyra no incurrió en estas trivialidades, infiltradas en cierto tradicionalismo, que hicieron que una inteligencia tan poderosa como la de Torres y Bages imbuyese de ellas buena parte de su admirable *Tradició Catalana.* En la obra literaria de Ruyra veis la naturaleza humana expuesta sin prejuicios que la deformen, vista tal como es, y las reflexiones que esa naturaleza le sugiere se derivan inmediatamente de ella: no la alteran, la

dejan íntegra, no más la observan; la vida se manifiesta; la inteligencia la penetra; la razón la comenta, y sólo entonces surge la máxima moral como una consecuencia. Quizá otro no la dedujese, e incluso es posible que la que dedujera fuese harto distinta. Como quiera que sea, la obra artística permanecería intacta. Permitidme que pruebe a buscar la razón estética que acaso nos lo explique, sin salir de Manzoni y del mismo Ruyra. Al hacer la crítica de Manzoni, iba muy descaminado Francisco De Sanctis cuando imaginaba que Manzoni partía en su novela de unos principos estéticos sobre los cuales la construía artificiosamente. La novela cobró vida, viene a decir De Sanctis, porque Manzoni era un gran artista; otro, sin ese instinto de artista, no hubiera salido del paso. Manzoni salió adelante con cierta inconsciencia. Quería hacer una cosa e hizo otra; afortunadamente, mejor. Quería escribir una obra de tesis, y escribió tan sólo una obra maravillosamente artística. Así, De Sanctis separa lo que Manzoni quería hacer de lo que «senza saperlo egli ha fatto». Es un error del crítico, uno de los críticos más admirables que haya tenido cualquier literatura. Manzoni no medita una tesis, construyendo después su visión; al contrario: primero tiene la visión profunda de la vida, y después juzga y moraliza. Podía tener ya una ética, procedente también de la vida; pero no construye su obra sobre unos principios abstractos, como un arco sobre una cintura. Ve concretamente a sus personajes vivos, respira el ambiente histórico, los ve en el país, separa y combina con tiento de artista las escenas, con tiento para que la naturaleza no se deforme, sino que tome todo el relieve y se nos haga más inteligible. Y entonces puede emitir sus juicios, hacer sus comentarios, a menudo irónicos, a veces graves y siempre al margen, sin que modifiquen los acontecimientos ni alteren el curso de la vida. Comparad la novela de Manzoni con un cuento de Voltaire. En éste, los conceptos han precedido, y los personajes se mueven como títeres. Toda la vivacidad del cuento está en los pensamientos del autor, en las máximas intercaladas; la forma narrativa es una manera distraída de defender una tesis, de poner en ridículo unas instituciones, unos usos, unos prejuicios. Así, en la memoria del lector quedan sólo la gracia o la agudeza polémica, una lucha de conceptos. De la novela de Manzoni, en cambio, quedan los personajes vivos, aquel Benzo, aquella Agnese, aquel Don Abbondio, todo

un mundo de gente, y todo un país y toda una época. Igual ocurre en la obra de Ruyra; la moral no se nos olvida, como no se nos olvida en la de Manzoni pero en la memoria predomina el mundo vivo de marineros y gente de pueblo, y todo el país con sus costumbres, malas o buenas, y sus bellezas naturales; las tragedias de las tormentas y de las *mangas marinas,* de las muertes y enfermedades, o las alegrías del sol y de la brisa saludable. Tendríamos que pasar revista a toda la obra para enumerar esta riqueza de vida, y cada página suscitaría comentarios. Por eso se ha visto en ella nuestro pueblo, y ha acogido con amor esas narraciones y ha dado al escritor la verdadera gloria de penetrar cada vez en el alma de sus compatricios. De la visión directa de la naturaleza, que empapa la visión del artista, es de donde surge inmediatamente la lección moral que éste quiere darle, y que es el primero en deducir y aprender. En el prólogo a un poema alegórico, *El País del Pler,* en el que, por ser alegórico, parece que el propósito ético habría de preceder a la visión, nos confiesa Ruyra que el proceso fué a la inversa. Veamos cómo nos lo describe. La relación de este proceso artístico, hecha por un Ruyra, tiene un gran interés estético. «En una noche de insomnio —dice—, me pasó por la cabeza, como venida de un mundo exterior, el aura poética de esta conseja, con un balbucear de versos flotantes que aportaban una visión». «Vi —dice—un boscaje florido, un palacio luminoso, unos caminos llenos de encanto y de misterio... Y hete aquí que pasan dos jovencillos, embelesados, embobados. Eran unos muchachos simpáticos y cándidos, que tenían a un tiempo algo de grotesco y de distinguido. En medio de la racha que me los había traído, sus vocecillas borbolloneaban cadenciosamente. Les oí llamarse con unos nombres estrambóticos... unos nombres estrambóticos que sonaban, a pesar de todo, con una gracia exquisita dentro de la idealidad de la gama armónica general. Uno de ellos se llamaba Peret Escampa; el otro, Jan Barrufet (1). ¡Y qué transparentes se me presentaban! El uno era delicado y sentimental; el otro, fuerte, impetuoso y atolondrado; el uno... Pero, ¿a qué analizar? Un hombre comprende, a veces, de una sola ojeada, el carácter de una persona y, sin embargo, no sabría analizarlo. El análisis es siempre un rebusco incompleto de la nota intuitiva. Los vi; todo el

(1) Perico Desparrama y Juan Revoltoso.

poema de su vida pasó por delante de mis ojos en visión suelta, incoherente y deliciosa, como los versos de que venía acompañada...

«Para mí, aquel poema vivo era lo principal. De la alegoría que pudiese encerrar no me preocupé ni poco ni mucho; la sentía abajo del todo, y cuando al fin quise recogerla, casi me hizo el efecto de un hallazgo». ¿No veis en esta declaración artística el proceso de *Jacobé,* de *El Malcontent?* ¿no veis al artista guiado por su intuición y por su sentido de la armonía? Después reflexiona y, como buen artista, anota las reflexiones al margen y nos las indica tan sólo para hacernos ver mejor la vida que describe, y no para desviarnos del sentido profundo que ha intuído y que tiene por cosa punto menos que sagrada.

Del mismo modo que le llegaban los versos de *El País del Pler* le llega la música de su prosa. En un pasaje la llama «el canto llano de la prosa rítmica». Sí, es maravillosamente musical, y en ella se hace admirar nuevamente el gran artista. Al mismo tiempo que sabe acoger las palabras que acuden a él, más reveladoras, más vivas, sabe corregir el estilo cuidadosamente, con tiento para no echar a perder nada de la visión inspirada con mimo de aclararla y darle la forma más acabada, limando asperezas, quitando impurezas, disonancias que estorbarían, poniendo cada cosa en su sitio, donde pueda cobrar la importancia justa, sea de primer término, sea de lejanía, sea principal, sea secundario. ¡Qué lucha más aguda y delicada, más gustosa y cruel a veces! Los fragmentos escritos con más entusiasmo, me decía un día, son los que más hay que castigar. A veces tienen que suprimirse frases y conceptos que duele suprimir, pero que no encajan en aquel lugar, y que incluso perjudicarían puestas allí. Vendría bien que Ruyra, para enseñanza de los escritores, nos dijese más todavía de lo que ha dicho de esta su labor de artífice; que nos contase episodios de ella y dedujera, si es posible, de esos episodios alguna conclusión, que a todos los escritores les sería seguramente provechosa.

Nos habla de sus «excesos de lenguaje», a pesar de los cuales se habría mantenido su obra en el favor del público. No excesos, le diríamos, sino una cierta embriaguez creadora; su lenguaje es de una inventiva continua. Por más leído que lo tengamos, os sorprende, cada vez que volveis a él, con nuevas bellezas. Podéis leerlo en voz alta, y suena con

una armonía llena y acompasada; os lo recitáis en voz baja, y os habla íntimamente; lo leéis en el campo y parece un eco de las auras; lo leéis en la ciudad, y no hay elegancia que no pueda aprender de su arte exquisito. Su imaginería, a menudo descriptiva y a las veces lírica, da un tono poético a su prosa y la aleja de la prosa discursiva, llana, académica. Hasta sus escritos de teoría dan una sensación de encadenamiento, como de un agua que murmura en su cauce hasta que, en algunos momentos, se desborda gozosamente, y entonces cobra su música propia. El descubrimiento continuo de lenguaje lo encontramos también en escritores como Víctor Catalá y Juan Rosselló, de habla mallorquina, por citar solamente dos. Pero en éstos falla el artista. Víctor Catalá, para referirnos a su admirable novela *Solitud,* se muestra como un gran instintivo. Pero ahí sí que podríamos hablar de «excesos de lenguaje». Este va manando con un frescor virginal, de palabra acabada de nacer, pero sin una forma definida, en una mezcla insegura de formas dialectales y literarias. En la obra de Ruyra, en cambio, la riqueza instintiva alcanza la forma artística perfecta, bien que el instinto verbal vaya anejo a la percepción psicológica y orgánica más compleja. Vais siguiendo sus páginas y observáis una prodigiosa abundancia de sensaciones de toda especie: coloreamiento descriptivo, frescor de aires y aguas, angustias de mal sueño, todo linaje de sentimientos, de la ternura a la energía, del arrepentimiento al entusiasmo, del aplanamiento a la esperanza.

Maestro Ruyra: quisiera yo que en mi voz, ahora, oyese usted no más que la voz de los colegas eminentes que le veneran y la de todo nuestro pueblo que le tiene amor; todos desean que pueda usted vivir aún por muchos años su gloria verdadera, que acaba de empezar justamente, porque irá enfondándose cada día más en los espíritus, e irá extendiéndose cada día más por los diversos pueblos.

JOSEP M.ª CAPDEVILA

UN POLÍTICO REALISTA ESPAÑOL

El realismo político parece estar en boga en la idealista Europa. En su nombre se permite que sea absorbido algún Estado, se descuartice a otro y se maniate a nuestra Patria disponiéndose, con correcta impasibilidad, a su conducción al sacrificio. El realismo parece que exige todo esto y aun algo más... Pero no deja de producirnos extrañeza que Europa, la Europa idealista y racionalista, converja en el pragmatismo insular, y juntos ambos, cada cual en su papel, representen armónicamente el "Auto y Licencia" de la polítitca realista. Ante ellos y desentonando entre tanta cordura, España parece ser no sabemos bien qué, pero todo menos "realista".

Y es para extrañarse, porque de siempre nos había distinguido a los españoles nuestro realismo, un realismo insobornable y rebelde a toda mixtificación. ¿Y cómo es que de pronto hemos perdido el sentido de la realidad y nadie nos entiende y —lo que es más incómodo— nada entendemos, nada, de ese ultrapirenaico realismo?

Con tales cavilaciones fuimos a escuchar la conferencia de don Indalecio Prieto: "América en la reconstrucción de España", organizada por la Unión Ibero-Americana con gran acierto sin duda, pues hay un termómetro infalible: el interés unánime en oirla, cosa que sucede cuando coinciden el interés que inspira el tema y quien va a desarrollarlo. Y, por añadidura, otro hecho: la mayor parte de la disertación del señor Prieto estuvo dedicada a la lectura y comentario de cifras estadísticas, lectura que para el público no especializado temas económicos ofrecía el riesgo de hacer decaer la atención. Muy al contrario, a través de la copiosa documentación con que las tesis del señor Prieto fueron presentadas, el interés y la curiosidad no bajaron de tono ni un solo instante.

Subrayamos este hecho por lo que tiene de síntoma; porque quiere decir, indudablemente, que al hablar el señor Prieto de la cuestión de América y España, tocaba algo *muy real*. Y es que más allá de los problemas estrictamente económicos, en cuyo examen no vamos a entrar por no encontrarnos en pose-

sión de los conocimientos suficientes para ello, más allá y por encima y por debajo de ellos, el señor Prieto planteaba una nueva orientación de nuestra política internacional, señalaba una nueva meta a nuestras finalidades.

La tesis sustentada por el señor Prieto, de un viraje hacia América para resolver, dentro del área de los lícitos negocios del interés mutuo, las dificultades económicas de la reconstrucción de España, plantea, además, un estrecho contacto con algo que jamás debimos descuidar: con América, con la América que, a pesar de nuestra dejadez, sigue llamándose América hispana, y con la otra América, la del Norte.

Porque América está en España, en la realidad española, y basta que España entre en sí para que se tropiece con ella. La intuición popular lo ha comprendido ya de un modo harto claro, y desde el comienzo de la guerra son muchísimas las pruebas de este "redescubrimiento de América", que está creando un clima. Clima, atmósfera previa a toda orientación política, a toda acción política, y que en las auténticas democracias perciben y concretan los dirigentes, traduciéndolos en proyectos y más tarde en realidades. Es el Presidente del Consejo de Ministros, Dr. Negrín, quien habla un día de una política internacional que sea la demandada por nuestras especiales condiciones raciales y de espíritu; es el señor Alvarez del Vayo, Ministro de Estado, quien se dirige en Ginebra especialmente a los países hispánicos de América, y es el mismo señor Prieto, en su comentadísimo discurso del cincuentenario del Partido Socialista Español, quien insinuó el tema de América en nuestro porvenir inmediato a la terminación de la guerra, tema atenuado por las proporciones y por el mismo tono general del discurso, más dado a la rememoración del pasado, a la recapitulación de la visión política de la guerra y de sus preliminares, que a elaborar proyectos para el futuro. Por eso mismo era obligado que el señor Prieto, hombre en activo siempre, nos diera esta otra conferencia auspiciada por la Unión Ibero-Americana, íntegramente volcada hacia el porvenir.

Hemos aludido antes a nuestra incapacidad técnica para comentar desde este punto de vista el discurso del señor Prieto. Tal vez la misma conferencia se resista a toda crítica de frío y seco tecnicismo. Por eso, sin duda alguna, el conferenciante se adelantó a afirmar que se trataba de simples sugerencias, de pensamientos sin más pretensiones y sin que formaran un sistema o plan. Y acaso en eso precisamente estribe el secreto del acierto de las palabras de don Indalecio Prieto, que tienen un valor positivo, no porque las avalen con su firma y visto bueno los economistas, sino porque en ellas se tocó un punto neurálgico que admite, como toda cuestión esencial, ser abordado de diversas maneras; que es, en suma, asunto de controversia, y eso, el ser tema de controversia, denuncia su profunda y compleja realidad, inesquivable para que podamos iniciar la reconstrucción nacional. Sabe el señor Prieto que lo nuevo sólo puede ser engendrado por lo nuevo o lo virgen, y a América ha recurrido para ello, sin

que sean obstáculo nuestras escasas necesidades industriales dentro de la gran crisis norteamericana, ni el que los problemas del tabaco o del mercurio —pongo por caso— no estén enfocados dentro de la más estricta exactitud.

Podrá parecer extraño que el señor Prieto, socialista, y socialista de antiguo, no encargue esas misiones al Estado que apunta, y que indique que deben hacerse, sino al margen del Estado, por lo menos con cierto apartamiento de los órganos estatales, en una ausencia y presencia del Estado. Sin embargo, hemos de anotar que a nosotros no nos sorprende, y no únicamente por la razón que señala el mismo señor Prieto, de que sus experiencias de gobernante le vedan esperar de los organismos oficiales la agilidad comercial indispensable para este género de empresas. sino porque existe otra razón más poderosa, que no ignora don Indalecio Prieto, y que, conscientemente o no, ha presidido esa parte de su discurso. Nuestras empresas americanas, la ingente obra del español en América, se han llevado a término muchas veces, por no decir todas, al margen del Estado, y en ocasionee en contra suya. No quiere decir esto que el Estado no se haya sentido con preocupaciones indigenistas; nada de eso, puesto que igualmente existen pruebas de este propósito estatal, sino que nunca llegó a construir o proyectar una política americana, siendo los suyos, en todo caso, actos y legislaciones esporádicos y aislados, unidos y formando un cuerpo, más que por el propósito que los animara, porque se referían a una misma época, a una misma materia, y porque el denominador común de los destinos españoles de aquella fecha hacía que se sintiera su unidad. Por añadidura, es evidente que en muy contadas ocasiones coincidieron, en lo que atañe a América, la iniciativa personal con los planes de nuestros gobernantes.

La fuerza de América, esa fuerza telúrica a que todos los americanistas han hecho referencia, es tan poderosa, que tal vez hoy mismo, cuando pretendamos acercarnos a ella y actuar con ella, con sus colaboraciones y ayudas, nos impone a continuación normas, nos señala caminos. Normas y caminos que guardan, sin duda, estrecha relación con la actualidad de la vida americana: con su desconectamiento ante las formas nuevas y su apartamiento de los organismos raciales que tuvieron un valor positivo como colectividad. Tal vez precisamente por eso, ante la crisis de sus uniones y federaciones, sólo la iniciativa aislada y personal, la que no responda a módulos oficiales de otro Gobierno y Estado, sea la única susceptible de éxito.

Pero con ser importante, importantísima, la cuestión que nos planteaba como más urgente en su discurso el ex ministro socialista, no sea ésa la que nos abra más perspectivas ni, con mucho, la más sugestiva. América es lo inmediato, es la subsistencia, es la posibilidad de vivir, de seguir existiendo, según se desprende de la oración que comentamos; pero América es, sobre todo —así lo indicó el mismo conferenciante—, la esperanza. Esa esperanza a que no renunciamos los españoles y en cuya busca continuaremos con la amarga experiencia de estos dos

años y casi medio de guerra. En estas horas de crisis y de agotamiento, sólo quien tenga una auténtica capacidad creadora o renovadora puede subsistir. Pues bien, América, todo un continente virgen y repleto de posibilidades, puede dedicarse con nosotros a la inmensa tarea de encontrar esa nueva cultura, ese hombre nuevo, ese nuevo orden. Le une a nosotros, aparte de todas las afinidades que hèmos indicado más arriba, nuestra comunidad en lo que pudiéramos llamar el lograrse incompleto. Ni América ni nosotros nos hèmos dado plenamente, y en busca de esa plenitud y esa esperanza navegamos y vivimos.

Para ello, en España, será menester que cambiemos de rumbo muchas de nuestras manifestaciones estatales. Nuestra política exterior, en vez de vivir a rastras de las sedicentes potencias democráticas, habrá de echarse a buscar caminos propios y naturales, que serán, sin duda, los de América, y tendremos que contar para ello con minorías capaces y competentes para quienes la América no sea un misterio o una posibilidad picaresca. Hoy, el Estado, embargado por otras preocupaciones, no actúa sobre América y con América como debiera. Pero no importa. Nuestro destino de potencia americana se realizará. Y se realizará porque el español de estos momentos, como el de nuestro Siglo de Oro, puede renunciar a todo menos a la esperanza. Y la esperanza, lo dijo Prieto a los que no lo sabían, es América.

ALFONSO RODRIGUEZ ALDAVE

ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO

SUEÑOS DE GRANDEZA

(NOVELA)



1938

II

El minúsculo jardín que divisaba ya Arturo apenas salió de casa de Leopoldo, estaba rodeado por una pequeña verja polvorienta y antigua que siempre se le antojó a nuestro miliciano en extremo lúgubre. Desde niño sentía el alma oscurecida por nubes de angustia y de tristeza al contemplar estos jardines de césped prisionero, rodeados de asfalto, jardines con pocos bancos y pocos árboles, lugares sombríos de esparcimiento, de apariencia crepuscular, sobre todo si el verdor, líricamente, rodeaba un kiosko de feo ladrillo y opacas vidrieras llamado de *necesidad*. En la puerta destacaba tristemente la melancólica sacerdotisa del pequeño templo, ajada y con delantal blanco, de cuya cintura pendía siempre un llavero. La sacerdotisa tenía en su rostro esa huella resignada propia de quien espera siempre y no confía, por otra parte, en que la llegada de aquello que espera suponga un cambio trascendental en su vida. Pero esto era tan sólo una fantasía, pues en el jardincillo en el cual ahora entraba Arturo no había kiosko alguno, sino niños y niñeras y sus dignas y expectantes mamás, aparte de algún que otro desocupado y algunas muchachitas risueñas y provocativas.

No tardó Arturo en descubrir a quien buscaba. Asunción estaba allí, y cerca de ella, jugueteando y agrediéndose, se encontraban los más pequeños de sus ineducados vástagos.

La cara de Asunción se iluminó al ver a Arturo con una extraña sonrisa de pasmo característica en esta noble mujer de origen campesino cuando una grata sorpresa venía a romper por un instante la monotonía y la oscuridad de la vida que el destino le había deparado. Por el brillo de sus ojos podía descubrirse cual era la fuerza magnífica que este alma excepcional encerraba, fuerza que gastada por el choque con ásperas realidades humanas, tenía poca ocasión de aflorar a la superficie de su rostro, comúnmente sereno, impasible casi. Asunción, aun joven, tenía el aspecto de una mujer en extremo cansada; mas viéndola no era raro pensar que había sido muy guapa pocos años antes.

Su alegría que habría de durar, al menos de un modo visible, pocos instantes, era indudablemente sincera. «¡Hombre, Arturo!»—, exclamó con los ojos rientes, con la mirada fija en él, con el alma llena de una emoción superior a la que expresaban sus palabras.

Asunción, pese a tener la cara ancha como un pan, según decía ella misma, era de facciones delicadas. Caras parecidas, finas y campestres, se ven con frecuencia por tierras de La Mancha. De esta tierra era Asunción, que había venido a Madrid siendo muy muchacha, conociendo a Leopoldo poco tiempo después. A Arturo le gustaba imaginar como serían aquellos primeros días del amor de Leopoldo y Asunción: ella irónica, vulgar, inteligente, apasionada al mismo tiempo; él retórico y algo enamorado tal vez.

«¡Buenos, hombre!, ¿qué cuentas?» — dijo luego Asunción una vez que Arturo, esquivando las caricias de los niños que le rodeaban llenos de curiosidad, pudo sentarse al lado de la madre—. «¿Qué tal te ha ido por allá?» — decía aún con la sonrisa en los labios, pero ya más serena, apuntando en ella la discreción. Pues es preciso advertir que Asunción estaba llena de cordialidad para todo el mundo, pero algo *frío,* al decir de los que presumían conocerla bien, se desprendía de ella. Su inteligencia extraordinaria, su tacto excepcional en la conversación con las gentes, podía advertirse viéndola sortear los escollos difíciles u oír con paciencia y fingida atención las historias más aburridas a las personas más estúpidas. Decir Asunción, era para muchos de decir calma, pero Arturo sabía bien que esta calma era sólo esa paz ficticia que encierra la pasión, el vuelo imposible. Sólo contra Leopoldo vertía ella a veces todo el torrente de su alma prisionera, toda la furia, insospechada para muchos, de su carácter. Entonces «echaba chispas» por los ojos, recriminando a Leopoldo al cual amaba, acusándole de bobería o de torpeza; pero como estos ataques a su marido tenían como principal objeto, subconscientemente, hacer más firme el carácter de Leopoldo y más claras sus ideas, el odio que volcaba ella súbitamente contra *El Magnífico* desbordabd luego, dirigiéndose de un modo imprevisto y amenazador contra los que atacaban a Leopoldo o pretendían burlarse de él.

Desde que algunos meses antes, Arturo, cediendo al ruego de sus tías se había decidido a tomar una habitación en casa de *El Magnífico,* para

librar a estas de la terrible pena que les producía el trato continuo con «los salvajes», como las viejas señoras llamaban al fruto repetido del amor de Asunción y Leopoldo, había Arturo aprendido a conocer algo del alma extraordinaria de Asunción y a admirar su talento. Habló mucho con ella, dejando sobre todo que contara cosas de sí misma.

Asunción, educada en un ambiente provinciano y casada luego con *El Magnífico,* arrastró durante la mayor parte de su juventud una vida triste. Atosigada siempre a deudas y pesares y con el dolor que proporciona a una madre el hambre de sus hijos, no podía contar sino rasgos sombríos de su existencia, y como era orgullosa no gustaba de ello. Así es que era difícil hacerla hablar, pues prefería siempre oír a los demás, pero Arturo había despertado en ella cualidades, virtudes recónditas de su carácter, y le haba hecho decir cosas que nunca, antes, se hubiera confesado a sí misma. Este pasado de cordial confianza, vivo entre ellos, es lo que daba a la sonrisa de Asunción un matiz de especial sinceridad, poco común en la gastada esposa.

Asunción era altiva como pocas mujeres lo son, sobre todo si están reducidas a esa triste vida de esclavas de un hogar. Al decir de tía Carmen, prefería ella, cual una numantina, «morir de hambre y dejar morir también a sus hijos, antes que pedir ayuda». Pero lo verdaderamente particular de la vida de Asunción era, como ya hemos dicho, la relación que mantenía con su esposo. Obligada a recriminarle con gran dureza, y algunas veces públicamente; no era difícil advertir sin embargo que una viva corriente de solidaridad la unía con Leopoldo. Y esta relación, que tenía un fondo oscuro, resultaba en extremo tierna e impresionante, pero al mismo tiempo triste y significativa de la fragilidad de lo humano, pues a través de ella sentíamos el talento, el genio tal vez, dominado y absorbido por la sangre, por el sexo y el instinto.

Asunción sorprendía a veces cuando, olvidada de la pesadilla que eran para ella las extravagancias de su marido, y olvidada también, en cierto modo, de las estrecheces de su hogar, la veíamos salir ataviada con relativa elegancia, sonriente y guapa, como liberada de una esclavitud. Y aunque en ella entonces sentíamos latir sobre toda a la madre, su accidental presencia de mujer mundana realzaba la grandeza de su sacrificio. Entonces es cuando, al verla radiante, solía pensarse que «una mujer así mere-

cía mejor suerte», pues todos sentimos que el valer quede relegado a los rincones del olvido y que la belleza se mustie presa de deberes convencionales o de deberes dictados por el corazón, y no por el corazón al volar en romántica aventura, sino por ese sentimiento que se hunde en la pequeñez de la vida cotidiana.

Todos hubieran deseado, al menos, al admirar su triste belleza, saberla casada con un marido más brillante, con menos extravagancias, como mínimo. Mas sucedía que Asunción, de clara mente, de un vivir real, se había convertido a su modo en extravagante también por su amor a Leopoldo y por la influencia del *alma* de la casa Saavedra-Togores, que llegaba a ella ya desnaturalizada, a través de la pedantería de *El Magnífico* o de la ruina de las tías reducidas a la miseria. Era Asunción beata y tradicionalista, aunque hablando con Arturo sostenía puntos de vista más razonables y parecía escuchar con atención cuanto éste le explicaba, a la vez que sostenía sus puntos de vista y demostraba unos conocimientos sorprendentes.

Su tradicionalismo era tímido y generalmente sólo se manifestaba ante Arturo en momentos excepcionales de ira, cuando él deshacía con razones los pobres argumentos de Leopoldo, y ella salía en defensa del marido. Luego, si no con Arturo con otras personas, ella decía, Arturo sabía esto, que «preferiría mil veces el comunismo a la República de Azaña», y en esta frase irritada podía verse la influencia de el *fantástico* Leopoldo cuyo aristocratismo trasnochado le hacía odiar sobre todo el liberalismo, o al menos tal decía, presumiendo con sonrisa *señorial* de ser «el más reaccionario de los hombres».

Ahora Arturo contemplaba a Asunción mientras cambiaba con ella palabras superficiales y trataba inútilmente de expresar con viveza y de un modo atractivo sus impresiones de las tierras de Córdoba.

Fracasado este intento de charla apasionada y siendo imposible por las circunstancias derivar la conversación hacia otros derroteros más íntimos y confidenciales, Arturo agotó pronto su interés por hablar, lo mismo que ella, y quedó entonces callado y pensativo mientras sentía el rumor de las voces de los niños, voces que le recordaban el aburrimiento de las veladas familiares.

Hasta ese momento no había Arturo fijado apenas la vista en los hijos de Asunción, aunque en más de un instante se habían acercado a él, con aire festivo los más pequeños, y cariñosos y llenos de malicia los mayores. Seis hijos de *El Magnífico* había por allí en aquel momento, según pudo contar Arturo. Uno estaba aún en los brazos de su madre, otro muy pequeño también jugaba en el suelo pegado a la falda de Asunción, y los otros cuatro, alejándose o acercándose, jugaban con independencia, prendidos sólo a sus sueños y a sus confusos instintos. Faltaba de allí Elisa, la hija mayor del matrimonio; Mari-Luz, una muchachuela; y Diego, algo mayor que ésta, bromista siempre e infantil Pero de estos tres hijos de Leopoldo hemos de hablar más adelante.

Los cuatro niños que ahora correteaban por el pequeño jardín y por las calles cercanas, formaban para Arturo un todo del cual le era difícil separar, aislándola, la individualidad de cada uno. Sentía de estos cuatro chiquillos, e incluso de los ausentes, el alma colectiva, el carácter particular de los niños de esta familia con sus peculiares juguetes rotos y sus gritos, ligados siempre al comedor en el cual pasaban la mayor parte del día. Entre ellos surgían vivos conflictos debidos a la individualidad que sin duda poseían las pequeñas personalidades, que Arturo comúnmente sólo veía fundidas en un bloque.

Sentíase que allí había candor y vicio, ansia de experimentación y orgullo, sentimentalismo, odio, sexualidad, fantasía. Mas no era agradable para Arturo sufrir la expresión vital de esta terrible mezcla de pasiones arraigadas con más o menos firmeza en el alma de los niños.

Ahora trataba de reconocer los rostros que ya había visto para ver si reproducía las impresiones que había tenido un día al analizar el aspecto de cada una de estas diminutas personas.

Los que él tenía ante sí eran los cuatro siguientes, empezando por los más pequeños: Manolito y Pepín, tiernos y graciosos, la imagen convencional de la infancia. El primero era bulliciosos, de tez blanca y suave, grandes ojos negros y pelo negro también ensortijado. «Sonreía como un ángel» según decía tía Carmen, como un ángel murillesco diríamos nosotros, lleno de inocente picardía, de malicia sin revés, lleno de asombro y alegría. Pepín parecía un pequeño abad. Era gordito y solía tener granos o costras en la cara, pero su sonrisa era bonachona y su malicia

esquiva y pudorosa. Era callado y no parecía nunca esperar atención hacia él. Si le llamábais venía sonriente y tímido, lleno de rubor que se resolvía a veces en disparatadas y falsas violencias. Manolito y Pepín eran para Arturo los más simpáticos de los niños de Leopoldo. La sombra de malicia que sobre ellos pesaba era sólo adquirida. Manolito, con sus finos labios y sus dientecillos blanquísimos, dejaba escapar a veces graciosas e increíbles blasfemias «aprendidas en el arroyo», según decía Carmiña.

Federiquíto, en cambio, algo mayor que Manolito y Pepín, parecíale odioso a Arturo, aunque bien comprendía él que este calificativo aplicado a un niño es siempre injusto. Era reconcentrado y seriote, a menudo ocupado en complejas carpinterías y en murmuraciones cerca de los soldados de plomo. Era solitario y trágico, y hasta aquí todo iba bien, pues aparecía en él claramente el niño afanoso por buscar la esencia de las cosas, por buscar las causas, y la sorpresa de las formas, apasionado en suma por «representar» algo, por ser algo, sintiéndose él a la vez autor y actor de sus creaciones. Mas resultaba luego molesto ver como reaccionaba súbitamente cuando era movido desde fuera, por la malicia de su hermano Antonio generalmente. Entonces cortaba el hilo de sus ensueños y rápidamente comenzaba a gritar como un desaforado y a hacer gestos de odio y amenaza, exhalando ladridos roncos que querían ser quejas, entre llamas furiosas de sus ojos. Era sorprendente este ataque de rabia, desprovisto en absoluto de candor o de pena. Se hacía palpable entonces, ante estos arranques a que era arrastrado, la fragilidad de sus fantasías y el carácter de farsa propio de sus juegos. Esta transición brusca del amor al odio que se verificaba en él, rompía todo el encanto del mundo construído, dejando al descubierto la falsedad de la magia. Estos arrebatos eran los que hacían tan antipático a Federiquito pues sus gritos destemplados destrozaban los tímpanos y su cara contraída hacía pensar que la inocencia infantil de Federiquito era también una farsa. Pero tan odioso como Federiquito era Antonio el grandullón que levantaba las iras del pequeño Si Federiquito era la gravedad sonámbula, teatral, pero íntima a la vez, como propia de un actor poseído de su papel, propia también de aquellos que renuncinado al mundo externo, en apariencia, viven «dentro», hacia dentro; en Anto-

nio en cambio era característico el humor pesado, una continua broma chabacana y brutal que se manifestaba no sólo en las perrerías que le hacía a Federiquito, cuando pisoteaba por ejemplo el castillo de naipes construído laboriosamente por el pequeño o cuando le daba a este una patada absurda e imprevista en las nalgas, después de ponerse a su lado fingiendo observarle con atención extrema, acompañando a estos actos o más bien siendo precedidos por una risa soez o una frase hecha y metafórica, sino también en su relación con los mayores en la que se mostraba curioso, malicioso y bromista. Era impertinente aunque no carecía de cierto candor, pero en él pesaba sobre todo esa actitud de continua burla procedente de un crudo realismo y un cultivador humor, propio de la gente popular de Madrid. Característica peculiar de este pueblo, fruto de varios siglos de hispanidad decadente. El humor de Madrid y sus *guasas* no son sino la expresión de la hundida grandeza de España, del esplendor mortecino, visto, criticado. Es el fracaso resuelto en burla; si bien en cada uno de los ironistas suele haber un alma apasionada.

Esa peculiaridad del hablar de Madrid, ese mundo de los *timos,* tiene sin duda gran interés y merece un detenido estudio. Oirlos, vivirlos de cerca, ofrece a veces indefinibles encantos y sorpresas, lecciones de humor y de albedrío. Pero la herencia de este humor, la simulación enfermiza de esta *guasa* en la mente y en el corazón de un niño, como es frecuente, es tan sólo monstruosidad. Ciertas bromas y farsas inexplicables, ciertas interpelaciones y cuentos propios de Antonio, el travieso rapaz, parecían más bien escapes *surrealistas,* símbolos de descomposición y de locura. «¡ Este niño está loco !» decía su madre con desesperación, con los ojos desencajados, con la expresión de pasmo exagerado que le era habitual, después de oír a Antoñito quejarse con grandes gestos de un violento dolor de muelas y luego colocarse al lado de su hermano Federiquito, que le contemplaba escamado, de reojo, fingiendo no oirle cuando este se interesaba por su salud; y en seguida Antonio, con aire comedido, después de mirarle atentamente, lo cual producía ya el crecimiento de esa irritación siempre latente en el violento Federico, se decidía a hundirle un dedo en un ojo. Y al escuchar los gritos de éste, su ronca furia desatada que había de despertar luego otros gritos, serio y como distraído, íbase hacia el pasillo lanzando el grito gutural de

Tarzan, oído en una película famosa entonces entre los muchachos del barrio, y sin pedir a nadie permiso se marchaba dando un portazo tras de sí, y comenzaba a bajar la escalera a grandes saltos, olvidado ya, silbando, llena el alma de otras fantasías mientras que arriba aun podía escucharse, estando ya casi en la calle, el furioso e insistente rabiar del agredido Federiquito.

Ahora en el jardincillo, más sereno, Federico trataba de atar el caballo de cartón al carro de Manolito, que permanecía risueño e indiferente. Antonio corría por las esquinas próximas disparando continuamente su invisible revólver. Pepín, mientras, contemplaba amorosamente a su madre cuando ésta hablaba con Arturo haciendo que jugaba con el collar, o creyendo hacer mimos, imitando el modo de la seriecita Matildina al pequeño Luis de sólo pocos meses, que la madre tenía aún en su regazo.

Asunción parecía haber observado la curiosidad que habían despertado los niños en Arturo, y ella misma, vagamente, parecía contemplarlos ahora a todos con faz dulce y resignada, inexpresiva, considerando tal vez que tantos hijos dados al mundo habían de crecer tan sólo para ser tragados un día por la tierra. Y este pensamiento, confusamente presentido, daba al rostro campesino de la madre, a su «cara de pan», un extraño tinte melancólico. Sus ojos parecían dirigirse hacia un país remoto en busca de un hondo pensamiento, el más hondo pensamiento quizás, que es aquél que se vuelve sobre sí mismo, como es hondo el soñar que se sueña, o el corazón que al amar escucha su latido.

Al fin se levantó Arturo con aire perezoso despidiéndose de Asunción y de los niños hasta la noche. No sabía exactamente donde habría de dirigirse. Abandonaba ahora sus anteriores proyectos. No iría a ver a los amigos, al menos de momento. No iría a encontrar nada, sino a perderse. Tal vez se decidiera más tarde a ir en busca de Carmen y Carmiña.

Las dos viejas tías, según le comunicaba Asunción, habían salido ese día y comerían seguramente en un restoran, pues comenzaba a escasear la comida y ellas habían además recibido hacía pocos días la esperada pensión de Juanito, de La Habana. Arturo conocía ya las costumbres de sus tías y sabía bien que aunque fuese sórdida y tristemente no deja-

de sus tías y sabía bien que, aunque fuese sórdida y tristemente, no dejarían de celebrar la llegada de su pensión con visitas repetidas al café, compra de golosinas y comidas fuera de casa durante los primeros días que seguían a la fecha en que recibieron el dinero. Ellas trataban de justificar estos dispendios con razonamientos que explicaban sólo confusamente sus decisiones, mas si advertían que esta argumentación hecha sober la base de supuestas ventajas que obtenían con estos gastos resultaba poco convincentes, tía Carmen entonces descubría súbitamente su pensamiento cuando exclamaba con aire compungido: «¡Ay, qué caray, no sólo de pan vive el hombre!» Y agregaba: «También hay que distraerse algo». O, «¡Aquí encerradas siempre nos moriríamos de pena...» Y este pensamiento la movía a compasión sobre ella misma añadiendo generalmente, entre pucheros: «¡Estamos tan solitas!... Si no fuera por estos ratos en que una se distrae un poco y ve mundo...!» Pero entonces descubriendo que esa era una ocasión para repetir sus lamentos y considerando poco eficaz, por gastado, el tono lacrimoso, cambiaba rápidamente de gesto y de actitud y con ese aire propio del que señala una curiosidad y con su interés nos obliga a fijar la atención distraída añadía: «¡Mira que estamos pasando una *trinquetada!*» Y daba a su voz un tono humorístico. En la palabra «trinquetada», como en otras muchas expresiones de tía Carmen, en las que podía advertirse la influencia que había recibido en otro tiempo de la sociedad colonial de América, cargaba con acento peculiar, toda la fuerza de su intención, pensando que una nota de broma vendría bien para hacer más leve el peso de sus *latas*.

El modo disparatado con que tía Carmen gastaba su escaso dinero le era simpático a Arturo, pues a través de estas manías veía él a su vieja tía, caprichosa y voluble, heredera de una auténtica grandeza. Eran ellas en todo unas señoras, aunque enlutadas y reumáticas, de un vivir más azaroso, más romántico, que muchos jóvenes abogados de buena posición. Su inquietud característica se manifestaba también en los cambios frecuentísimos de domicilio que realizaban. Cada piso descubierto, cada compañía nueva que escogían o combinación para arreglar sus comidas del modo más animado posible, era presentada al principio con innumerables y decisivas ventajas sobre el sistema anterior, mas estas ventajas se convertían pronto en defectos, que al hacerse intolerables, acababan

por decidir el cambio, generalmente a la forma de vida ya probada; por ejemplo de la vida en el hogar a la vida de restorán, o de la soledad, del encanto de vivir «en su casa», arreglándose como podían, a la vida en compañía con horizontes nuevos. Y justo es decir que algunas de las combinaciones que hallaban entre sus múltiples variaciones eran en efecto, sorprendentes y atractivas.

Arturo, al contrario de lo que solían hacer las otras gentes, salvo Asunción, no sólo no trataba nunca de disuadirlas de su manía de nueva vida, sino que fingía creer casi siempre en el carácter «definitivo» de su nuevo sistema de vivir, y esta benevolencia era la causa, sin duda, de la gran simpatía que profesaban a su solitario sobrino las dos viejas señoras. Era también curioso ver como Carmiña, más razonable en algunos aspectos que su madre, y que a solas criticaba en ciertos momentos la intranquilidad de tía Carmen, a quien alguna soez amiga había calificdo de «culillo de mal asiento», era en verdad la primera que cual un Sancho, extrayendo locura de su afán de realidades, seguía sonriente y entusiasmada a su madre, agregando nuevos matices a las ventajas descubiertas por ella durante los primeros días en que se hallaba a las señoras, felices y sorprendidas, en su nueva habitación. La mujer de Leopoldo, «prudente como siempre», las visitaba luego lo mismo que Arturo en su domicilio y se asombraba también de un modo visible ante las hermosas vistas y ante lo claro y céntrico del lugar

Luego Arturo y Asunción cambiaban entre sí comprensivas sonrisas, mas siempre en un tono amable y cariñoso para las ancianas damas.

«Si quieres encontrarlas seguramente podrás verlas en «La Perla», el café ese de Argüelles, ya sabes donde está» — decía ahora Asunción al ver que Arturo, definitivamente, se separaba ya del banco del jardincillo en el que ella estaba aun sentada. Y al decir «La Perla» le pareció a Arturo que debía asomar a sus labios una leve sonrisa de ironía, pero no fué así, pues al contrario Asunción, percibiendo esta suspicacia en el joven miliciano, se esforzó en agregar algún detalle con toda seriedad como para marcar aun más su objetividad y su lealtad al facilitar los datos que indicaba, mostrando respeto y comprensión frente a los gustos ajenos, cosa en verdad estimable por poco frecuente. Estos detalles

eran los que acreditaban de prudentísima e inteligente a la madura madre de Federico, el ronco, y de Pepín, el tierno.

Arturo almorzó en una de esas tabernas lindantes con las calles más céntricas de Madrid, reposadas y limpias, llenas de encanto, que tanto le gustaban. Era un lugar que ya había frecuentado muchas veces en otro tiempo. Prefería mil veces estos establecimientos a los pobres restoranes fríos y pretenciosos.

Al salir se encontró, como antes también, a las tres de la tarde en pleno centro de Madrid. Era para él ésta una hora singular, porque un aire de paz, un reposo extraordinario parecía envolver entonces las esquinas y las calles desiertas en el lugar donde se encontraba. Esas mismas calles y plazas de Alcalá, Sevilla, Sol, Cruz ,etc., momentos antes habían estado sin duda plenas de tránsito, de animación y vocerío, y una hora más tarde o antes volverían a estarlo igualmente, mas en ese intervalo que era la hora del almuerzo para la mayoría de la población madrileña, la gente estaba encerrada comiendo más o menos reposadamente. Al pasar por las calles podían verse en los restoranes situados en los entresuelos, las repletas mesas de comedor, pues solían tener los balcones abiertos, y un apagado murmullo de platos y cucharas, de quedas conversaciones que aludían a la voracidad callada de las gentes y a su ineludible necesidad de comer, parecía extenderse por las aceras llenando el corazón de penas, de angustia por el seco materialismo que nos domina, porque comprendíase entonces que la humanidad entera se desbordaría en un momento si les faltase a todos sólo un par de días ese plato de alubias o ese delgado bistec que ahora tenían ante sí.

Las vendedoras callejeras de tabaco, que en otro tiempo ya hacían buen negocio vendiendo su mercancía a los descuidados fumadores que se encontraban después de comer sin tabaco, estando cerrados los estancos, doblaban ahora su negocio con la venta clandestina de las cajetillas de «Lucky Strike»; y las vendedoras de lotería extendían su lúgubre grito prometedor de oro haciéndolo dormir en el asfalto desierto o en los oídos de alguna vieja o extraño ciudadano, que al pasar, ya de espaldas a la vendedora, sentíase de pronto tentado a probar una vez más, con apagada esperanza, su fortuna.

Madrid, vacío a esa hora, estando encerrada en sus construcciones alejadas o céntrica la casi totalidad de la población, que satisfacía más o menos completamente su apetito, ofrecía entonces un aspecto melancólico, una soledad que hacía profético, sonámbulo el pasear de aquél, que cual habitante de un planeta desierto, parecía al marchar preguntarse a sí mismo por su alma y a la luz transparente y a los objetos mudos preguntarles también por la esencia de la vida.

Arturo desembocó, luego de dar inútiles vueltas, en la castiza y amplia calle de Alcalá, el lugar por el que, casi sin excepción, todos los madrileños pasan cada día. La calle de Alcalá aparecí también desnuda y silenciosa en esa hora, casi sin gente. No estaba cruzada apenas por el rápido caminar de atareados transeúntes ni por la ociosa sociedad señoritil que oscilaba cada día a la hora del vermut o entre ocho y diez de la noche de una a otra esquina por el trozo más ancho. Las terrazas de los cafés estaban igualmente desiertas y sólo algún empleado, llegado allí prematuramente, dirigía en torno suyo filosóficas miradas, mientras sorbía su café, y el camarero, sentado en una mesa, esperaba la hora del trajín con resignación cristiana. Ahora sólo algún tipo extraño, algún paseante tardo, o alguna persona llegada allí por dramático azar, pisaba las baldosas de esta acera que era como el corazón del Madrid mundano y banal.

Hasta el día de la sublevación, y aun después, podían verse en esta calle los eternos paseantes Aunque después de la guerra se notase la falta de algunos y aunque cambiase algo la indumentaria de otros, podían verse todavía, a la hora prevista, los racimos de muchachos que iban a *atacar* a las muchachas y los racimos de muchachas que iban a ser atacadas. Algunos marchaban a veces misteriosamente solitarios o formando estrambóticas parejas. Los solitarios solían andar malhumorados, con paso firme y ostentoso marcando su altivez, su independencia con relación al resto de los paseantes. Eran estos seres que exigían del mundo, o al menos tal pensaban ellos, algo más que un placer gregario; seres románticos, aunque tuviesen generalmente una apariencia «moderna», un aire decidido. Su fracaso podía advertirse en el gesto de desdén fijo en sus labios o en la posición erguida de su frente. También desfilaban por allí pintorescos seres provincianos, sonrientes y torpes, fingiendo natura-

lidad. Y almas nobles que cubrían su contenido fuego con la ironía. Pero ciertamente lo que parecía dominar entre las gentes que frecuentaban este paseo era la estupidez, la superficialidad más pedante. Los jóvenes estudiantes hacían gala de su áspero materialismo y en sus *ataques* tomaban como objetivo no el amor —esta era su pretensión— ni siquiera la ficción donjuanesca del mismo, sino la burla, el insulto, la inútil batalla. Diríamos que les importaba más a cada uno de estos inconscientes señoritos que tenían como anticuadas las eternas gracias del amor, la afirmación de sí mismos, el dominio, la superioridad ficticia que lograban desarrollando una injustificada violencia, que la fusión de su yo con otro ser. Parecían tener una excesiva sobrestimación de su persona, a la vez que un obstinado rencor contra todo valor y toda jerarquía, contra todo auténtico sentimiento. El *quedarse* con las chicas, esto es, burlarse de las mujeres mostrando así su ingenio y su pretendida superioridad era para ellos objeto más alto que el despertar amores y provocar lánguidas miradas, aunque en muchos casos los resultados no correspondían a este fin de diversión, que era el único confesado por ellos. Muy raramente puede encontrarse hoy en España, y sobre todo muy raramente podía encontrarse antes, cuando el señoritismo era una plaga en la vida española, un joven que confesase estar enamorado o sentir al menos deseos de estarlo; mas esta obsesión de *materialismo* que preocupaba a nuestra juventud no es sin duda algo exclusivo de nuestra Patria, sino más bien consecuencia desgraciada y estúpida del vivir de nuestro tiempo; símbolo máximo de decadencia, pues sólo hipocresía, falta de claridad al mirar y falta de rectitud moral puede encerrar este desenfrenado deseo de *diversión* pura y seca.

La calle de Alcalá ha sido siempre también teatro en el que se desarrollaban todas las pasiones políticas, y si en tiempo de la Dictadura los estudiantes, entonces liberales en su inmensa mayoría, llenaban a diario la calle con sus gritos subversivos, en cambio últimamente, casi a raíz de la venida de la República y más tarde, dominada ya la revolución de Asturias o durante el período electoral, hasta el 16 de febrero de 1936, la calle de Alcalá fué feudo de los señoritos monárquicos y de Falange, señoritos que antes habían sido liberales pero que ahora, viendo amenazados los bienes de sus papás se apresuraban a cambiar de ideas

sintiéndose inflamados de ardor patriótico, poniendo en suma sus «ideales» más de acuerdo con los intereses de la familia

Ganadas las elecciones por el Frente Popular hubo un ligero eclipse del señoritismo. Ya no paseaban los fascistas su inútil agresividad, amparada por la sensatez de guardias y policías; ni daban esos gritos que producían temor y arrobo en las doncellas. Ahora la palabra se había ocultado para dejar paso al crimen. Los jóvenes obreros llenaban ya esta calle buscando a los fascistas. Había miradas de odio y de negro rencor. Los orondos burgueses de «la pecera», o sean los señores que antes asomaban su placidez a través de las amplias vidrieras del Círculo de Bellas Artes, ya, prudentemente, no osaban mostrar su aburrimiento al público. Todo había cambiado y algo en el aire, un oscuro presentimiento de sangre, de premeditada revancha, llenaba el silencio de las calles madrileñas y la extensión de los campos de España. Los obreros no querían más ser engañados y exigían justicia, pedían que se cumpliese el programa anunciado. Los militares se reunían en oscuros gabinetes. Los espirituales fascistas disparaban sus pistolas contra obreros y mujeres. Y un día al fin todo estuvo ultimado y vino el estallido.

El pueblo se levantó en masa para defender sus libertades, para machacar a sus pretendidos tiranos. Y los aplastó bien ese día. Las gentes corrían persiguiendo a los traidores sublevados. El pueblo tomaba conciencia de su fuerza. El mundo pareció cambiar entonces. Hasta el tradicionalista Leopoldo, lleno ese día de pavor pero también, tal vez, arrastrado por la indecible razón que parece dar el éxito, por ese entusiasmo que se desencadena con la violencia, maravillado por esa luz que, roto el celaje de negras nubes, parecía entonces inundarlo todo, exclamó con aire de sinceridad, después del asalto hecho por el pueblo de Madrid al Cuartel de la Montaña: «Yo, verdaderamente, como cristiano que soy, he sido siempre comunista. Lo que yo no podía tragar era la República atea y masónica». Y parecía participar en cierto modo del regocijo de Arturo, cuando decía confidencialmente: «¡No puedes imaginarte lo que he cambiado en un solo día!» Y por la noche, ante las sonrisas despreciativas de Aurora, explicaba dando nuevas muestras de su ingenio: «Hasta ayer yo era monárquico, tú lo sabes bien, Arturo pero ahora viene el comunismo, ¡pues con los comunistas!, algo me to

cará en el reparto». El comunismo entonces no era ya un fantasma, era algo inmediato, palpable, o al menos tal cosa le parecía a Leopoldo.

Las palabras de *El Magnífico* no estaban tan sólo dictadas por el miedo. Entonces a la vista del cambio que se había operado en su lejano primo, pensó Arturo que para muchas personas, carentes de una auténtica base moral, carentes de una verdadera educación política, no hay ideas firmes. El resentimiento y la pedantería hace que en ellos se desarolle sólo algo parecido a una confusa idea que luego por amor a sí mismos, por interés, se transforma en fervor hacia el credo político que aproximadamente expresa esa idea, y este fervor crece por el humano afán de afirmar la personalidad al afirmar convicciones y crece también por el aburrimiento, por el hastío del cual son esclavas las gentes de poca imaginación. Claro es que razones más concretas y materiales, como el interés de clase, manifestado por caminos directos o subterráneos, son causa decisiva en la opinión política de la mayoría de las personas, pero sería necio negar que en las afirmaciones que hacemos, en el entusiasmo o desgana que empleamos para defender esos mismos intereses influye algo personalísimo, casi siempre un afán de dominio frente al mundo, de decorativa grandeza, algo, en fin, que no es consecuencia del estómago sino del corazón o de la mente más o menos extraviada, algo propio del alma de cada uno, que son sus peculiares sueños, sus deseos, algo, que por manifestarse comúnmente con signos extraños Arturo acostumbraba a llamar «locura».

Se construyen a menudo castillos de ideas con cimientos poco sólidos y luego un viento cualquiera, o el viento purísimo que viene del pueblo, lo echa a tierra todo en un instante.

Un día podrá verse como de España, sin exterminarlos, han desaparecido los fascistas. Bastará para ello, después de nuestro triunfo, la acción constructiva y firme de un Estado nuevo, vigorizado por el apoyo de las masas populares. La única condición es que ese Estado no sea presa de la burocracia. Que no sea débil ni tampoco sanguinario. Un caminar recto puede enderezar las almas torcidas. Y un Estado progresivo que dé la tierra a los campesinos que la trabajan, que asegure las condiciones de vida del obrero, que evite el abuso que supone en la vida económica la existencia de los grandes capitalistas, un Estado en suma

que haga caminar a los hombres hacia la conquista de su libertad material, podrá ser combatido, pero se impondrá al fin en el mundo. Y el hombre luego, libre de las trabas que hoy le cohiben libre de las limitaciones que le imponen hoy su bolsillo o su oscura conciencia, podrá caminar con más holgura y enfrentarse duramente consigo mismo, enfrentarse con Dios, con el problema de solución imposible.

Desde el lugar donde se encontraba ahora Arturo podía ver siguiendo la dirección de la calle la Puerta de Alcalá, noble testigo de tantos azares en la vida de los madrileños. Llegaba ahora a la Puerta del Sol, casi desierta también. Y volvían allí a oírse con intermitencias las voces de las vendedoras de tabaco y cerillas o décimos de lotería.

Madrid era el mismo, se decía Arturo, pero un ligero soplo, un misterio sutil e invisible se notaba ahora como prendido a los rótulos de las tiendas. Había cambiado algo el indumento de las gentes y Arturo aseguraría que hasta su modo de marchar. Ahora se veían muchas personas con aire compungido o de rencor cubierto de sonrisas. Sólo grupos de combatientes que refrescaban la garganta bebiendo en los bares, o ingerían bocadillos de materias extrañas, parecían ahora haber abandonado su antiguo encogimiento y sus desplantes, y ser más firmes y más nobles, estar más sólidamente situados en la vida.

Pero el reloj famoso de Gobernación, que aun no mostraba el ojo tuerto que había de mostrar meses más tarde como consecuencia de los bombardeos, y también la típica torreta en la cuál él se encajaba, permanecían allí iguales como preguntándose por la causa o realidad de los cambios que se habían experimentado en la vida de los madrileños. Era Madrid y podía percibirse en él todavía su aspecto peculiar, su alegría de siempre, su cielo finísimo, su extraño humor.

Arturo estaba ahora indeciso nuevamente. Se encontraba en la esquina de Sol con la calle de la Montera y contemplaba la piedra oscurecida de algunas casas cercanas. Una rara emoción, que ya había sentido otras veces, le llenó entonces. Parecíale que su mirada iba hacia atrás y con ella su alma, su pasmo, atravesando barreras de siglos, desnudando figuras, cambiando paisajes; lentamente al principio y de un modo rápido y desordenado después. Su imaginación descubría la fra-

gancia de otros instantes: Los años de la Dictadura, época sportiva y boba, de reuniones en cafés, de colectiva dejación de todo derecho y toda dignidad, hasta que empezó la *guasa* a cebarse en el dictador y empezaron los gritos, y éste cayó con gran sorpresa de todos, con gran alegría, especialmente porque el cambio que se verificaba era sonado y las gentes viven ansiosas de novedades. Pero aun más lejos, quitando una hoja más, oscuro, con el color de las viejas ilustraciones, estaba ahí vivo el Madrid de 1900. En esas mismas calles habían estado y por esa esquina pasaron, mujeres con la falda hasta los tobillos o damas de gran sombrero montadas en simones o en lujosos carruajes. No fué una estampa, fué la vida así vestida, la vida igual. Parecíale a Arturo mentira que la luz del sol pudiese entonces tener el mismo brillo y que las sonsiras de las muchachas fuesen igualmente frescas y que sus ojos tuviesen idéntico resplandor. Una nube oscura, *algo* distinto debía entonces llenar las calles de Madrid, llenar los rincones de la conciencia y la amabilidad, las mesas y los adornos de las paredes hasta hacer «una época», un instante de la humanidad en un lugar determinado, una época con un *sabor* especialísimo. Sólo las pasiones son las mismas, sólo la sangre es igual, porque el corazón late siempre lo mismo y el fuego, después de quemar los inútiles ropajes, abrasa por igual el cuerpo de los hombres. Pero la máscara de cada momento, sus vestidos llevaban un *alma* que sólo muy difícilmente puede ahora intuirse. Más atrás aun, más oscuro, estaba el Madrid de Prim, el Madrid de los pronunciamientos, de los revolucionarios encendidos (llevaban la tea en una mano y en otra el texto de la Constitución) con su fervor siempre traicionado. Y el Madrid de Goya, lleno de colores y chorros de sangre; el Madrid toreril y altivo, ciego, fanático, personal. Y el de Mesonero Romanos, con sus rincones evocadores y sus tipos aun existentes. Era lo vivo y lo muerto de Madrid lo que latía en el aire fundiéndose, decidiendo el instante presente. Estaba más atrás el siglo XVIII, cosmopolita, universal, aristocrático y sucio, con pelucas de Versalles, pero muy de aquí en el fondo, con la fuente viva del pueblo siempre manando.

Por entonces o poco antes se borraban ya los últimos rasgos del español imperial, dorado o negro, del siglo XVI y se afianzaba el tipo español de hoy siempre latente, hecho de renuncias y miserias, de reali-

dades y sueños, de picardías, de dramático vivir; el ser oscuro, el pensar metafísico que expresó espléndidamente Quevedo. Era el triunfo de la muerte que antes sólo danzaba en lucha con las luces del Renacimiento. La rueda del tiempo había ido girando, quitando del español los pájaros de la mano, haciendo adocenado y pobretón a nuestro pueblo a fuerza de renuncias, quitándole fe en sí mismo, cortando las alas de su afán aventurero. Pero el pueblo, acorralado, era aún un pueblo; su pulso era difícil de encontrar, pero era firme.

Un día habían de hacerse luz el fuego que sentíamos prisionero en los rostros de nuestros campesinos, un día había de desatarse la imaginación y convertirse el sueño en realidad y la realidad en prodigio. Un día lo íntimo, lo que no se sabía qué, lo que estaba escondido, habría de ser universal, decisivo para el mundo, ejemplo para las cultos. Porque de la esencia de lo español queda aún, indestructible, lo más hondo.

A esos balcones que ahora contemplaba Arturo se habían asomado un día tímidas damiselas, con el candor en los labios, con esa inocencia que, en su furia, tienen los animales para el amor, y ahora marchitos los colores, desaparecidas, estaban sólo sus sombras. Ellas yacían enterradas hacía muchos años, después de haber sido presas del reuma y el egoísmo. Los blancos vestidos que orlaron las gracias de aquellos cuerpos jóvenes se habían esfumado ya también.

Ahora se asomaban a estos mismos balcones discretos señores de mentalidad lerrouxista. Pero quizás ese mismo día otros ojos radiantes volverían a mirar el mismo cielo, levantado sobre los viejos tejados y las bohardillas oscuras de las casas apretadas de Madrid, y nuevos claveles allí cerca florecerían otra vez con color inigualable como regalo prodigioso, como prueba eterna de pura y generosa belleza.

Hacía un rato que Arturo situado junto a la boca del «Metro», absorbido en sus pensamientos, dejaba pasar lentos los minutos, facilitando con su inmovilidad el libre vuelo de su pensamiento, sin perder su fingido aspecto de hombre que, aburrido, espera al ser amado. Pero de pronto como librándose con una decisión brusca de la madeja de sus pensamientos, cruzó la Puerta del Sol y emprendió la subida por la calle de Carretas.

La Plaza Mayor le recordaba siempre la estampa fría y geométrica que representaba un auto de fe, con sus hileras de enlutados verdugos, de negros corazones, duros para el dolor. Veía los siniestros capuchones sobre el fondo de piedra, sobre las reales figuras juguetonas y enfermas. Ahora, en el mismo lugar donde antes se levantaba el patíbulo, había una formidable estatua ecuestre y alrededor un jardincillo mísero que no bastaba para animar la severidad del antiguo palacio ni la inexorabilidad de sus arcos de grave arquitectura conventual.

Esta era hasta hace muy pocos años la Plaza de los soldados campesinos en fiesta y de las sirvientas con sus trajes de vivos colores o sus faldas a cuadros. De la Plaza Mayor arranca en pendiente la calle de Toledo, la urbe de todos los traficantes, la ciudad para los carreros soeces de los pueblos castellanos que conocen igualmente los mesones de Madrid que el platear de los riachuelos al alba y las hileras de suaves chopos movidos por el viento sutil de Castilla. Conocen el ocre de los campos, el vino rojo de las posadas y el polvo de los caminos, y un día llegaban a Madrid y apenas se saparaban de esta calle donde realizaban sus cambios y ventas, contando con los dedos, guardando los dinedos en la faja. Las tiendas de la calle de Toledo son pequeñas y de amplia puerta, como tenduchos en una judería, abarrotadas de género, luciendo en la calle, bajo los arcos, al lado de una freiduría, el lujo tentador de un vestido confeccionado de mujer de chillones colores rojo o verde.

Arturo se dirigía a la dirección indicada en una carta que un amigo improvisado en el frente andaluz le había entregado. Tenía que encaminarse hacia los barrios bajos.

Siempre que se hallaba aburrido y desorientado estaba seguro de encontrar consuelo e inspiración visitando las callejuelas densas del Madrid castizo, pobladas por gentes pintorescas.

Comúnmente empezaba su paseo evocador haciendo la primera parada en el típico café de San Millán. Mucho se ha dicho de los viejos cafés de Madrid y de este muy especialmente. A Arturo solían repugnarle los tópicos con falso o nulo contenido. Pero ciertamente este café con sus divanes de rojo peluche, sus espejos y bolas plateadas, sus cansados y familiares camareros en los cuales parecían adivinarse los cal-

zones largos, con sus acreditados solomillos y su público de actores, prestamistas, contratistas, chulos, prostitutas, verduleras y poetas convencionales, aparte de algún que otro funcionario retirado y ridículas parejas de enamorados, este café que despertaba el recuerdo de todo el Madrid antiguo y popular, hecho ya cuadro, era sin duda en extremo interesante. El mundo vivo de los sainetes, sus personajes, sus conflictos y dramas, su indumento y sus palabras, estaban allí como en un museo, pues si bien algunas figuras aparecían actualizadas en su aspecto exterior, este elemento *moderno,* que por ficticio resultaba allí en extremo grotesco, no era ni mát ni menos que un ingrediente característico de los que constituyen el alma del sainete. Este género de teatro popular madrileño, que hace ya muchos años se convirtió en nacional, es algo que no podrá nunca traducirse, pensaba Arturo. No se ha dicho tal vez que lo que hace tan populares los sainetes madrileños, y lo que los hace comprensibles en su esencia tan sólo por los españoles, es que en ellos, al hacer una burla, una crítica humorística de «la ciencia», del «progreso», lo mismo que de los nuevos bailes y trajes standardizados se contrapone melancólicamente, con risa que hace llorar, con infantil despreocupación, lo americanizante, lo «culto», que convierte a los hombres en ridículos maniquíes, a lo hispánico, a lo íntimo y apasionado, a lo hondamente personal. El sainete señala, de un modo simple y gracioso, un conflicto vivo ya hace siglos en el cuerpo y en el alma de los españoles. Es por esto por lo que los sainetes aparecen ahora rodeados de un extraño prestigio a los ojos de nuestros mejores intelectuales. Y es por esto también por lo que Arturo ante esas venerables caricaturas, ante esa rabanera que mostraba al camarero su desdén con un gesto particularísimo de su boca, mientras este respondía a sus palabras con una frase *filosófica* y extraña, sintió que lo más profundo de su alma estaba ligada a ese indecible, a ese insoluble complejo que hace *bromistas* a las gentes de los barrios bajos de Madrid. Y observemos —pensaba Arturo—, que si bien es cierto que muchas de las expresiones, metáforas y *timos* que se emplean con frecuencia en Madrid, sobre todo por los habitantes de esta zona cercana al Manzanares, son tan sólo heredados, aprendidos, y no fruto del personal ingenio de cada uno, también es cierto que se hereda con ellos, como un blasón, la actitud gallarda y apa-

ratosa, de *honra,* que acompaña siempre a los modismos que suelen dispararnos los «castizos». Y este orgullo de casta, de sangre y pueblo, aun construído sobre una base tal vez arbitraria y absurda, es algo positivo. Pues la experiencia ha demostrado, en los días azarosos de Madrid, por ejemplo, o en las luchas durísimas de la Sierra que sostenían en los primeros tiempos los muchachos de los distintos barrios contra las huestes de los generales facciosos, que es origen de virtudes de heroísmo y abnegación, de solidaridad y nobleza superiores sin duda a las que se hubiesen conseguido con fanáticos guerreros, de una *élite* aristocrática, educados en el culto de ideales purísimos. La diferencia mayor entre estos improvisados héroes procedentes de los «Radios» y aquellos cruzados de una orden es, que si los caballeros esperaban luego al morir convertirse en blancos borregos del Señor o merecer una mirada de la Virgen Altísima, en cambio estos tipógrafos, poceros, encuadernadores, aprendices, carpinteros, cerrajeros o ferroviarios, antes siempre propensos al giterío o al cante «jondo», llorando por esa pena que destroza el alma, haciendo correr a los guardias o gastando *guasas* en competencia, un día, llamados por el prodigio de una palabra, corrieron por los campos y luchando por la libertad fueron a morir. Han muerto diciendo con voz lenta: ¡Camarada!, y ahor la tierra tan sólo los acoge. No esperaban nada, los llevaba allí un sueño, un deber, una honra.

Y si alguien nos pregunta: ¿Han muerto por el pan?— diremos no, no sólo por el pan, porque han muerto por el pan de todos los hombres, pero han muerto así porque eran hombres, han muerto así no sólo porque sentían su estómago, pues entonces se hubieran limitado a pedir pan, sino porque pensaban en el Hombre, porque iban decididos a morir, si era preciso, porque iban hacia el Hombre.

A pocos pasos del café de San Millán se encuentra la célebre Plaza de Cascorro con su piso asfaltado y sus tenderetes por las mañanas. Es como el corazón de los barrios bajos, poblada siempre por la gente más varia, con bares pseudocubistas en los que se servían a los chulillos «Orange Crush», *chatos,* vermut con boquerones y música de pianola. De aquí parten, siempre descendiendo, la calle de Embajadores y el Rastro, prodigioso, que se extiende hasta rincones imprevistos, el Rastro

con sus raros relojes, flores secas, inútiles sombreros, revistas ilustradas y antiguos tomos de Leyes o Medicina. El Rastro con hallazgos de láminas de Historia Natural, muebles de estilo, lavabos, piezas de toda clase de aparatos, panoplias, tornillos, tubos, ropa blanca, pantalones hechos, zapatos viejos, recuerdos sentimentales, lámparas de «radio», novelas pornográficas, faldas antiguas, objetos de aluminio, barbas, papel de escribir, palomas muertas y todo cuanto extraño e inoportuno pueda desearse.

A la derecha del Rastro, hacia abajo, queda el barroco Puente de Toledo y pasando éste, más a la derecha, los románticos cementerios de cal y pino, cementerios de «El Tenorio» con sus secos nichos y sus jardines silenciosos de sabor a hierro viejo, con paz de niñas muertas, vestidas con zapatos de charol, junto a las cruces caídas, y el esplendor, ya inmóvil, de la familia que tiene un panteon allí y una luz permanente. Con piedras en las que crecen los verdes líquenes y balaustradas filosóficas desde las que puede contemplarse Madrid, vivo aun por un prodigio. En estos cementerios se luchó luego en noviembre y desde el lado de acá del río, apuntando hacia las holladas sepulturas, se hicieron caer muchos blancos jinetes de la caballería mora. Amajo queda la goyesca Pradera de San Isidro poblada otro tiempo de majas y duquesas que compraban cacharros al borde del Manzanares, y desde allí puede divisarse la imponente masa de Palacio y la redonda cúpula de San Francisco el Grande que habla del Madrid del ochocientos. Casas oscuras y apretadas rodean esta iglesia y algunas casas nuevas también, igualmente tristes, con sus ventanas en las que se agita lentamente una callada vida o muestran al mísero río su macabra oquedad.

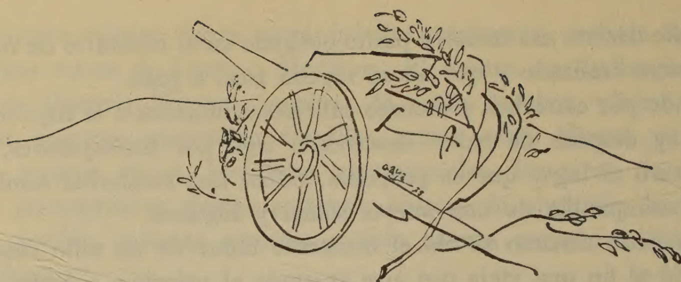
Desde lo alto de la Plaza de Cascorro, en la cual se encontraba aún Arturo, veíase allá lejos la meseta color de trigo, traspasada de cielo, prendida a las nubes. Antes del Cerro de los Angeles aparecía la mole de un cuartel de moderna construcción con innúmeras ventanas simétricas, y a Arturo desde su emplazamiento, le parecía este gran edificio, situado en medio de la meseta, una gigantesca casa de locos. El campo parecía devorar con su presencia el inútil ladrillo esforzándose en hacer patente su separación de esta estúpida obra de los hombres con la sola presencia de su amplitud celeste. La contemplación de tal panorama, con

su disparate dentro, era también punto obligado en el itinerario de Arturo, muchas veces realizado y que ahora repetía paso a paso.

Andando por estrechos y oscuros callejones, situados a la izquierda de Cascorro, y después de haber descendido algo por Embajadores, llegó al fin Arturo al lugar que se proponía. Subió una escalerilla sombría y tocó a la campanilla de una puerta sólida y lúgubre.

En un patio cercano se oía el insistente llorar de un niño desconsolado. Abrió al fin una vieja con aire asustado al principio y luego alegre y curioso. «Esta carta le traigo de parte de su hijo Manuel, que estaba conmigo en Córdoba — dijo Arturo contento de poder proporcionar una alegría a la anciana mujer. Recordaba ahora a Manuel, fuerte y seriote en tierras andaluzas, y a su hijo Serafín, reservado y entusiasta. Contaba el padre que hasta el 18 de julio tuvo en Madrid una carpintería que, aunque modesta, le daba lo suficiente para vivir; su hijo Serafín también trabajaba en ella. No habían pensado nunca en abandonar el negocio pero llegó «ese día», que siempre será recordado, y un viento nuevo llenó el barrio y la calle; llenaba Madrid entero. Pasaban las banderas y los jóvenes hijos de vecina pedían un fusil para ir al frente. Ese día Manuel no pudo resistir la tentación de obedecer a la llamada imperiosa que sentía muy dentro y salió para la Sierra. Pocos días después tomaba el tren en compañía de su hijo Serafín para marchar al frente cordobés, hacia las mismas tierras que él había abandonado veinticinco años antes y que aun no había vuelto a pisar, esperando siempre una ocasión oportuna. La ocasión había llegado —decía Manuel exaltado— y ahora iba a enseñarle a su hijo las tierras en las cuales él se crió y donde tuvo la primera novia. «¡ Ah, esta tierra es algo grande!», decía luego dirigiéndose a Arturo mientras contemplaba el horizonte con ansiosa mirada. Padre e hijo habían combatido juntos desde el primer día y Arturo mismo pudo verlos en más de una ocasión luchando valientemente. Manuel no abandonaba su actitud paternal con respecto a Serafín en ningún momento, y Arturo recordaba ahora haberle oído decir con voz lenta y tranquila que escondía la inquietud por el ser amado: «¡ Agacha la cabeza, hijo, que vienen otra vez!»

(Continuará)



HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

APARTADO CORREOS, 597. — BARCELONA

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 24 PTAS.
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAÍSES, 36 PESETAS